

LA PEQUEÑA PASIÓN

PILAR PEDRAZA

Para Juan López Gandía, mi eterno compañero de juegos.

1

Mi amigo el escultor se proclamaba genio incomprendido y era, sin lugar a dudas, lo segundo. Puede que sus obras fueran sublimes o que no pasaran de mera pacotilla, pero él luchaba consigo mismo, se desesperaba como un escarabajo que, al trepar por un montón de arena, se cae de espaldas y patalea en el aire hasta recobrar su posición natural, las seis patitas sobre el firme suelo.

Aunque esta comparación sea expresiva y a mí me guste, realmente no da cuenta cabal del estado de las cosas, porque mi amigo jamás lograba enderezarse. Permanecía agitándose en la arena, los negros miembros de su alma bullían hacia un cielo inmisericorde. Un silente cielo gris.

Pues bien, este sujeto solía verter sobre mí su desesperación mientras tomábamos café en la barra de un bar del barrio antiguo. No se trata de una cafetería ni de un antro, sino de un bar auténtico, heterogéneo y aceitoso, con máquinas tragaperras que dejan oír minuetos electrónicos cada vez que alguien pierde o gana —nunca lo he sabido y no voy a molestarme en averiguarlo— una partida, y de cuando en cuando eyacula un chorro de calderilla. A eso se une el runrún de un televisor en blanco y negro, inverosímilmente situado sobre una repisa que casi toca el techo. Tampoco se desarrolla en silencio el proceso de la fritanga en la plancha de butano. Y si uno presta atención, puede advertir que el rumor de las conversaciones se ve punteado con regularidad casi artística por los gritos de encargo de los camareros que sirven las mesas, el fragor de las bandejas que caen y el tintineo de cristales y platos y platillos. Una sinfonía eterna, un pandemónium compuesto y dirigido por un ser misterioso cuya misión consiste en mantener viva esta música, cuyos mil matices nadie se detiene a discernir.

Salvo yo, que soy muy aficionada a ella. La disfruto cuando alguien, acodado conmigo en la barra, me castiga la paciencia contándome con todo lujo de detalles obscenos los entresijos de alguna quimera burocrática o existencial. Llego un momento en que desconecto —sin ostentación: soy educada—, y, mientras finjo mirar al individuo a través de los orificios de mi máscara más inteligente y atenta, me abismo en la audición de la sinfonía del bar.

2

Con mi amigo el escultor no me encontré nunca en esta ambigua tesitura. Mientras él hablaba, cesaba todo sonido ajeno a su voz, mis oídos sólo captaban lo que decía. Apoyando su clamor en expresivos aspavientos de sus manos fuertes y sensibles, exclamaba que era un incomprendido, que ni él mismo se comprendía, que tal vez debiera comprender que era su falta de genio, en definitiva, la causa de que no se le comprendiera, o que no había nada que comprender... Las variantes eran infinitas. Luego —o antes: el orden no regía estos desahogos de su espíritu atormentado—, me explicaba que se levantaba por las mañanas con ansias de esculpir, de modelar, de tener arcilla entre losEn

una de mis visitas a Partenio en el hospital le hallé solo. Su hermana acababa de marcharse y no había nadie ante el cristal desde el que podía vérselo. Intenté dedos; que estaba fresco y dispuesto a dar forma a sus sueños. Y que —¡ay!— enseguida esa fuerza se apagaba lenta pero inexorablemente, dejándole abandonado. Primero permanecía hecho un guiñapo en un sillón, mirando por la ventana un mundo exterior que le resultaba ajeno, pero después empezaba a vagar por la casa como un tigre enjaulado o acosado —unas veces decía acosado y otras enjaulado, y algunas atrapado. En una ocasión traté de hacerle ver la gran diferencia que existe entre unas situaciones y otras, pero se limitó a encogerse de hombros, mirándome con cierto desdén.

Lo del tigre, que, leído en caracteres de imprenta en un relato, resultaría insignificante o incluso sonaría falso, en boca de mi amigo tenía el profundo espesor de lo auténtico. Lo decía con tal sentimiento, era tal su vehemencia, que podía verle recorriendo pasillos y estancias unidos por varias escaleras —ése era el espacio creado por sus palabras y por los movimientos de sus manos y de sus ojos azul pizarra—, a cuatro elásticas patas felinas, rugiendo de desesperación. El tigre de la desesperación galopando por su interior, devorándolo todo. Lo comprendía perfectamente. Yo misma tengo a veces la sensación de convertirme en leona, aunque en mi metamorfosis no hay desesperación, sino júbilo: el júbilo de la leona caminando por la selva, segura de hallar su presa.

Cierro los ojos, me sacudo la melena, húmeda de sudor en la nuca y las sienes, y enseguida tengo ante mí un túnel de verdor. El aire está caliente. Camino a largos pasos por un terreno nunca antes hollado, aspirando los olores de un universo nuevo. Y los pasos se hacen cada vez más largos. Siento la espalda como un lomo ondulante hasta las ancas, y en mi interior se inicia una lenta carrera. Qué buen ritmo, cuando se tienen cuatro fuertes patas rematadas en garras. Y llego a una pradera amarilla bajo un sol de oro. Sol de leones. Galopo contra el viento, la melena restallante. En este punto, debería recordar que las leonas no tienen melena, pero no importa porque yo sí la tengo. Lo compruebo cuando vuelvo a abrir los ojos y me miro al espejo: la abundante cabellera de fuego enmarca un rostro remoto, pálido por la emoción del viaje, de la transformación.

Así pues, júbilo de leona y desesperación de tigre. Dos fieras distintas ante dos tazas de café idénticas.

La de mi amigo era una desesperación titánica y su melancolía comparable a la de los gigantes intentando tomar el Olimpo, a sabiendas de que es inaccesible a su naturaleza terrestre. ¿Quién, que no posea la solidez de la estulticia, no ha experimentado esto en alguna ocasión? Sin embargo, conviene no caer en la trampa de convertirlo en segunda naturaleza, y él había caído en ella. Me temo que, excepto yo, nadie escuchaba su clamor estéril. Por otra parte, si yo lo hacía no era desinteresadamente, sino porque sus heroicos furores me sacaban por unos momentos de la viscosa maraña de fantasías y viles emociones en las que a veces me debatía. Y también porque lo había convertido en personaje, y los personajes siempre gozan de algún prestigio a los ojos de todos.

A los míos había llegado a ser incluso hermoso. Tenía las manos y la cabeza enormes, los ojos azules y el cabello escaso. Su pecho enjuto no dejaba adivinar su fuerza, que parecía concentrada en los puños y los dedos. La gran frente y la nariz como el pico de un águila no concordaban con la barbilla huidiza, signo dolorosamente visible de su

debilidad. Porque en mi amigo la fuerza y la debilidad se trenzaban sin la menor armonía, dejando estupefacto al contemplador. El suyo era el encanto de los seres que, siendo ligeramente deformes, poseen elementos puros y preciosos, que brillan con más intensidad en la fealdad de lo que lo harían en una perfección insípida. Gabriel es mas bello y mejor proporcionado, pero probablemente lo que más he amado siempre en él es la capacidad que tiene su imagen de volverse fea en ocasiones.

Los únicos seres perfectamente bellos de mi horizonte son mis gatos. También era bellísimo mí Ctonocelis coeus, aunque mis amistades odiaran verlo en la caja entomológica sobre la mesita del té. Este coleóptero constituía el único ejemplar de mi colección de insectos; no por tacañería o por desidia, sino porque se trataba de un escarabajo tan enorme, tan titánico, tan negro, tan imponente, que colocar a su lado cualquier otro ejemplar hubiera sido una redundancia.

En una ocasión, asiéndome a una de las metáforas del escultor sobre la angustia del genio que se enfrenta con la materia bruta, a la que calificó de tan dura y frágil como el caparazón de un insecto, le dije que poseía un escarabajo gigantesco, una oscura joya de la naturaleza —con él podía emplear esta clase de expresiones sin causar escándalo, porque él mismo hablaba como un libro abierto. Fue sólo la coquetería o un afán de atraer su atención hacia la singularidad de mis gustos lo que me indujo a hablarle del Ctonocelis, porque en el fondo pensaba que no me haría ningún caso y seguiría con su cantilena, pero me equivoqué. Mirándome sin ver, entonó una inesperada loa al Creador y dijo que, desde el punto de vista estético —hablaba continuamente del punto de vista estético—, el más perfecto era el escarabajo Goliat, que los egipcios grababan una y otra vez en piedras finas y modelaban en arcilla blanca, que luego esmaltaban de azul turquesa. Por un momento, olvidó sus obsesiones y habló con entusiasmo de algo que no era él mismo. Cantó en su estilo más noble —como cuando se refería a Miguel Ángel— las bellezas del Goliat enorme y regio, de líneas plenas, armonioso. Sus manos lo recreaban en el aire con una vehemencia que ponía en peligro la estabilidad de la taza de café que tenía delante. Al confesarle que no había visto nunca esa clase de bichos, me dijo que había varios ejemplares en el museíto del Jardín Botánico y redobló sus alabanzas. Le escuché encantada. Aquella brusca atención suya hacia el animal evocado por mí me llenaba de alegría, como si hubiera acertado a regalar el juguete idóneo a un niño difícil. Pero su interés se desvaneció enseguida y su discurso volvió a ensimismarse..

Oyendo a mi amigo hablar de los Goüats, había imaginado una bestia fantástica, del tamaño de una rata, rechoncha, no esbelta como mi Ctonocelis, que se inscribía en un óvalo perfecto. Y un sábado por la mañana acudí al Botánico con la esperanza de que su vista me produjera alguna impresión, un estremecimiento.

Dentro del Jardín y rodeada de árboles tropicales, apenas percibía el ruido de los automóviles, que llegaba hasta mí como un rumor de agua lejana. El acceso al pequeño museo consiste en una pasarela rampante de bambú, cuya ascensión me sosegó, preparando mi espíritu para penetrar en la paz sepulcral de las salas vacías.

Lo primero que vi al entrar fue una vitrina de mariposas mórfidas. Las había azules como oro azul, y nacaradas malva y marfil, más espléndidas que el abanico de una emperatriz. Sí brillaban así a la luz macilenta de las barras de neón, ¿cómo serían volando

al sol entre las flores? Pero enseguida me pregunté por qué eso tenía que ser hermoso, cuando en realidad es indiferente, mero efecto óptico sin mensaje ni autor conocido. Considerando, sin embargo, que su prestigio se debía a los poetas y al lenguaje más que a la experiencia inmediata de los sentidos, me reconcilié con aquella hermosura sospechosa, muda y ciega en sí misma.

Luego pasé a visitar los escarabajos. Mientras los contemplaba, me hubiera gustado ver moverse una cucaracha viva por el suelo de aquel panteón de la aristocracia coleóptera. Ella ignoraría, animalito, que mi atención se hallaba dividida entre su medroso correteo y la inmovilidad de los ocupantes de las cajas de cristal, unos carábidos de oro azul y verde más semejantes a joyas que a bestias.

Traté de hallar a los Ctonocelis, pero no estaban o yo no supe buscarlos. Sospecho que el mío pertenecía a la familia, o lo que sea, de los cerambícidos. Desde luego, no era un escarabeo ni se parecía a los vulgares Göüats africanos, quincalla faraónica cuya corpulencia es un disfraz de su banalidad.

Un rey muerto. Pese al arte de los embalsa-madores, hace tantos días que sólo es un cadáver, que la descomposición le ha hinchado y teñido de azul. Figuras enlutadas y de grave continente le sacan de la escena, que no permanece vacía mucho tiempo. Cuatro hombres depositan en su centro un cuerpo nuevo, parecido al del rey en todo excepto en el suave color rosado de su rostro. ¿Está maquillado? No, se trata de un muerto de cera que sustituirá a la carroña pestilente durante el largo tiempo que han de durar las honras fúnebres. Los fastos de la ausencia.

Sonó el teléfono y sus timbrazos perentorios me arrancaron del flujo de aquella fantasmagoría que me arrastraba hacia las regiones más profundas del sueño. Estaba sudando. Una voz amiga, muy alterada, me anunció algo que apenas comprendí. Partenio se moría. Había sufrido un ataque y estaba en coma en la unidad de reanimación del Hospital Clínico.

¡Pero si apenas una semana antes estuve hablando con él en la facultad y se encontraba perfectamente! Habíamos pasado la tarde contrastando pareceres en torno a un artículo que yo estaba escribiendo para su revista. Tenía muy buen aspecto, aunque le noté algo angustiado; pero no le di importancia, porque se hallaba así desde que había cumplido sesenta años. Angustiado, distraído, un poco ausente. Incluso se lo hice notar, porque entre nosotros hay la suficiente confianza. Dejando vagar la mirada por las paredes del despacho, me respondió que no era bueno enamorarse a su edad. Fingiendo un escándalo jocoso, le pregunté si se refería a sí mismo y, en tal caso, de quién se había enamorado. Se encogió de hombros y respondió de un modo evasivo que de cualquiera. Eso me molestó porque, aunque siempre he merecido su amor, él nunca ha estado enamorado de mí.

Me despabilé con una ducha helada y volé al hospital. No era hora de visita, pero me dejaron verle a través de unos cristales. Estaba erizado de tubos, no lo reconocí, no podía ser él. Pero, sí. Era Partenio y estaba desnudo bajo la tenue sábana, inerme. ¡Oh, Partenio! ¿Qué te han hecho?

Partenio, que en realidad se llamaba Alejandro Cífuente, pertenece a mi mundo desde los tiempos míticos de mi adolescencia, cuando mi abuela, viuda, reinaba en la casa

vieja como en un paraíso privado, que sólo compartía conmigo. Era catedrático de griego en la universidad y aliviaba sus ocios de funcionario impartiendo en verano lecciones de cultura clásica. Ya en la época en que mi abuela me puso bajo su tutela intelectual sus enseñanzas tenían fama de ser descaradamente arcaicas y estrafalarias, además de que su reputación personal distaba de ser buena entre las gentes bienpensantes. Pero, en definitiva, aquella opción insensata resultó muy acertada. Al menos, me procuró una intensa e inocente felicidad en los tiempos que siguieron, y alentó lo mejor que había en mí: la inclinación incoercible hacia todo lo extravagante.

Era costumbre de Partenio rebautizar a los miembros de lo que llamaba «su Academia» con nombres clásicos, según se estilaba —decía él— en la culta Europa. Eso sería en los tiempos del rey que rabió, pero para él todos los siglos eran uno y la historia una especie de continuum o magma, con lo cual se adelantó considerablemente a su tiempo y fue postmoderno antes de hora. Cuando supo mi signo del zodiaco, que es el del León, y tras haberme observado atentamente para calibrar la calidad de mi alma, me impuso el de Leonisa, diciéndome en presencia de algunos discípulos, mientras acariciaba mi áspera melena rojiza, que ojalá mi llama no se apagara nunca y que de mi cadáver brotaran melifluos caudales, como del león muerto por el Hércules judaico.

Aquello, muy aplaudido por los iniciados, no lo comprendí yo cabalmente hasta mucho después, pero desde ese mismo instante sacramental me ocurrió a menudo sentir que me convertía en leona, y experimentar el misterioso prodigio, la epifanía de mi leonidad, en los lugares y momentos más heterogéneos: mientras tomaba café en el bar con mi amigo el escultor, cuando retozaba con Gabriel en divanes y alfombras, tomando el sol en la arena caliente de la playa o al oír el rugido de los leones del zoológico en los días de lluvia. Me gusta sobre todo sentirme leona —leona feliz y satisfecha— cuando me duermo arrullada por una respiración amante.

Un día en que comenté con el maestro Partenio estas metamorfosis, replicó ufano que no era de extrañar, porque los nombres imprimen carácter. Lo que no quiso explicarme fue por qué debía dar miel mi cadáver. ¿Por qué mi cadáver? Yo podía ofrecer mucha dulzura estando viva, soy un animal amoroso. Pero él meneó la cabeza sonriendo y guardó silencio.

El Partenio de entonces —no el que ahora agonizaba en la pecera de la unidad de cuidados intensivos— era un hombre grande con ínfulas de gran hombre. Su principal característica consistía, según él mismo, en haber estudiado muchos años —las malas lenguas decían que un par de meses— en Alemania. Alto, algo hinchado de vientre y manos pero de pies desmesuradamente pequeños, recordaba a primera vista una foca. Sin embargo, resultaba hermoso, y hubiera tenido éxitos fulgurantes con las damas si se hubiera dedicado a ellas, cosa que no hacía porque entendía el amor a la manera griega. Y aun así, desdeñadas por aquella mole neroniana —o tal vez hechizadas por sus desdenes— le hacían mucho la corte, infructuosamente. La única mujer de su vida era su hermana, con la que vivía y que le amaba hasta extremos inverosímiles, cuidándole como a un dios.

Tenía un rostro rubicundo y venoso de gozador, el cabello castaño con algo de rojo y de blanco —de ese esplendor sólo quedaban ya unos cuantos pelos grises—, barbilla huidiza rematada por una maraña transparente como de alambres de cobre, y los ojos

ocultos por quevedos de lente gruesa, sin los cuales el mundo —decía con ocultas intenciones filosóficas— se reducía a una vaga niebla polícroma de manchas que se movían de un lado para otro. «Hay que llevar gafas, jovencitos», nos decía; «hay que llevar gafas si uno quiere ver algo.» Las gafas de Partenio han sido siempre para mí un objeto muy especial. De cristales ovales, diminutas y espesísimas, tenían el aspecto de una joya, tal vez porque tras los vidrios surcados por rayas y esplendores, relucían como estrellas sus pequeños ojos porcinos, de un increíble azul de agua o de gema.

Había en su aspecto general algo majestuoso que hacía pensar que acababa de despedir a los líctores de su séquito, pero que la próxima vez sin duda los traería delante, anunciando su llegada para que el público pudiera preparar flores y coronas.

Se reía mucho y también despotricaba ferozmente, sobre todo contra lo que consideraba el vicio supremo: la mentecatez. Su rostro lleno de alma jamás ofreció un aspecto inerte. Y pese a sus ideas sobre las excelencias del amor de los efebos, su imagen y sus ademanes poseían una virilidad rotunda. Su cuerpo tenía un protagonismo en su vida que él no se esforzó en evitar ni ocultar. Siempre dijo que las satisfacciones de los sentidos, junto con la palabra, constituyen nuestro único patrimonio.

En sus cursos, además de aprender toda clase de cosas tan encantadoras como inútiles, se hacían excursiones portentosas. Un día nos llevó a una villa que tenía en las afueras de la ciudad, a representar una obra latina pretendidamente antigua, pero en realidad de su invención. Se empeñó no sólo en que fuéramos en carro, sino además vestidos con una especie de togas o peplos copiados de la fotografía de un relieve antiguo.

Aquella mañana todo era de gran pureza y clasicismo. Allá iba la panda de jóvenes ensabanados, cantando y batiendo palmas. Acompañaban nuestros himnos los murmullos de la floresta. Sólo don Frutos, el secretario de Partenio, ponía una nota discordante entre tantas gracias. Porque, sin ser jorobado, era cargado de espaldas y velludo como un simio. Le salían pelos negros de las orejas y de la nariz, y dejaba caer con languidez sobre los ojos dulces unas pestañas largas y tupidas. En su cuerpo había algo de bestial y en su alma de solapado. Desde el principio me había preguntado qué virtudes o méritos hallaba Partenio en él para tenerle como hombre de confianza. Tal vez fuera su aparente lealtad, más propia de perro que de persona, y también el hecho de que su fealdad rayara en cierta belleza. Don Frutos era el siervo que no respeta a su amo, pero que no concibe el mundo sin él. Seguramente se trataba de un ejemplar único, y por eso le amaba el maestro.

Representamos la obra en el pórtico —más bien porche o cobertizo— de la casa de Partenio, algo arruinado por la incuria y no todo lo grandioso que requería la estatura olímpica del texto, titulado nada menos que Penteúlea en Ilion. Y luego nos entregamos a las delicias de un festín campestre, cuyo principal manjar fue una víctima que —sorpresa humanística— tenía preparada el maestro para la ocasión. Su sacrificio constituyó una especie de clase práctica sobre los ritos de los antiguos. No era la primera: Partenio las prodigaba tanto que comenzaba a mostrar él mismo una pericia de matarife. Bajo aquella vocación arqueológica hacia la hecatombe, los discípulos percibíamos una veta de crueldad, una especie de glotonería. Pero ahora que he vivido y he visto tantas cosas, y casi todas tan insignificantes, su sed de sangre me parece noble. Siempre será preferible la sangre de la víctima inocente a la baba venenosa, a la bilis, al corrompido vómito de

bondad y sensatez de quienes acabaron con aquellos especímenes de antaño, de los que Partenio fue un superviviente.

Después de asar el cordero y comer su carne, no quedó mucho de nuestra pureza matinal. Las cintas se nos habían roto, las flores pendían marchitas de nuestras cabelleras desordenadas. Y algo ebrios, saciados, agotados, nos perdimos luego en los vergeles. Yo me alejé sola y me tendí bajo un olmo en cuyo tronco se enredaba una parra. Acunada por el pensamiento de que Partenio era el árbol al que se encaramaba mi alma para sostenerse y poder entregar su dulzura, me quedé dormida.

Cuando desperté, sentí un profundo vacío, como si no hubiera nadie más que yo en el mundo. La tarde iba declinando hacia el ocaso, y el poniente apenas era aclarado ya por una franja de oro desvaído, amenazada por el avance inexorable de las sombras. Oscuramente malva y amarillo, con crespón de negras nubes, aquel cielo parecía el dosel del catafalco de un emperador muerto. Me asusté, preguntándome si Partenio y mis condiscípulos se habrían ido sin mí. Pero, ¿cómo era posible que no me hubieran echado de menos al regresar? Porque todo indicaba que habían vuelto a la ciudad. El carro había desaparecido y no se veía ni oía a nadie. Volverán a buscarme, se darán cuenta de que se han olvidado de mí, me dije para tranquilizarme.

Procuré no alejarme del lugar donde habíamos estado comiendo, para que pudieran encontrarme y porque los rescoldos del altar improvisado me confortaban como recuerdo de la presencia humana en aquellas soledades. A la turbia luz del sol moribundo, el mundo se estaba convirtiendo en tierra prometida de alimañas y espantos.

Me vi obligada a caminar para combatir el frío que empezaba a petrificar mis miembros, y pronto me hallé perdida y presa del horror de la naturaleza en sombras, indiferente y brutal. Se acercaba hasta hacer temblar mis rodillas el pánico nocturno, que es distinto del pánico del alba, del pánico del mediodía, del pánico del amor. Y al mismo tiempo comenzaba a florecer en mí, del vientre a la boca, la risa que suele acometerme en tales circunstancias, producto de la mezcla de una profunda conciencia de lo grotesco del caso con un regocijo íntimo y perverso por hallarme en apuros. Es como si me desdoblara, y lo tengo por un sentimiento poco decente.

De pronto, me encontraba al borde de un precipicio. Tendida en el suelo y agarrada a unos arbustos cuyas espinas me laceraban las manos, miré hacia abajo como buscando algo que ni ahora ni entonces hubiera sabido definir. Presa del vértigo, vislumbré entre las tinieblas que empezaban a espesarse en el fondo del barranco unas cosas blancuzcas que se me antojaron osamentas, montones de huesos de caballo vomitados por la tierra o echados a carretadas desde el lugar en que yo estaba. Tuve una experiencia semejante en otra ocasión, más tarde, yendo con Gabriel. Salíamos de Roma a toda velocidad en una noche de tormenta. Rachas de viento lluvioso azotaban las ventanillas del coche sin dar tiempo al lim piaparabrisas a devolvernos una imagen nítida. Y a la luz de nuestros faros vi que el toldo trasero del camión que llevábamos delante se alzaba agitado por una fuerte ráfaga. Un relámpago que pareció una llamarada de magnesio me procuró la visión casi instantánea de la carga del vehículo: multitud de esqueletos humanos en pie, que se bamboleaban y sonreían. Aunque lo recuerdo con toda claridad, a veces siento la tentación de considerarlo un engaño de la noche, una aberración óptica, una broma de mis nervios

destrozados o de mi avidez de maravillas. Pero, no: yo vi los esqueletos. Gabriel seguramente no, porque no dijo nada.

Aferrada al arbusto al borde del precipicio, me sentí invadida por una intensa sensación de felicidad. Me hallaba en la frontera misma que separa la vida de la muerte. Creía oír en el aire violeta de la tarde un batir de alas que, al moverse, producían música. La muerte del beso, pensé, cuando el alma sucumbe al amor de los ángeles, porque aquella quimera de los antiguos cabalistas había sido tema de las lecciones de Partenio en los últimos tiempos.

Entonces mi delirio empezó a profundizarse, a convertirse en el propio abismo que se abría ante mí, con sus amables osamentas saludándome desde abajo como pañuelos de bienvenida. Me levanté y avancé hacia el vacío, tentada por una doble posibilidad de vuelo y de caída.

Me hallaron sin sentido en el fondo de la sima, mis blancos vestidos anunciándome entre las sombras. Estaba rota. El viaje de regreso en una vieja ambulancia por aquellos caminos de cabras fue un martirio cuyos detalles no recuerdo porque los dolores físicos se me olvidan pronto —no así las heridas del alma: tengo floja la encarnadura espiritual.

La segunda gran caída de mi vida fue de un caballo. Puede que dicho así suene pedante, pero la verdad es que se trata de un episodio más bien idiota, aunque de consecuencias maravillosas. Me caí mientras trataba de montar una yegua de mi abuelo, llamada Favorita. Resbalé de la silla y todo el peso de mi cuerpo se desplomó sobre el tobillo derecho, que inmediatamente hizo crac. Resulta siniestro oír cómo se rompe un hueso propio. Me dolió muchísimo, pero al mismo tiempo lo ridículo de la situación provocó mi hilaridad, hasta el punto de que quienes corrieron a auxiliarme se sintieron un poco molestos por el hecho de que no me tomara en serio el accidente. A veces me pregunto qué pasará si, cuando esté a punto de morirme, encuentro motivos de risa en el trance.

La rotura de mi peroné hizo que mi camino se cruzara con el de Gabriel. Por entonces era muy joven, como yo misma, una especie de niño prodigio de la traumatología o carpintería de huesos, como él la llama. Irrumpió en mí vida como una bocanada de aire fresco en una cripta. Su entrada en escena fue espectacular. Penetró súbitamente, vestido de motorista y con un casco de ciencia-ficción, en la sala de urgencias donde yo yacía con la mano de mi abuela entre las mías y la pierna hinchándoseme por momentos en la bota, que nadie se había atrevido a quitarme. Enseguida aquella especie de astronauta se despojó de su cazadora, sus guantes y su casco y, cambiando el uniforme de ángel del infierno por la bata blanca, se transfiguró en un arcángel rubio que sonreía no sólo con la boca sino también con los claros ojos azules. Ante tal despliegue de gracia masculina, todos mis dolores se desvanecieron.

Desde el momento en que, con movimientos seguros y rápidos, me libró de la bota cortándola con unos alicates, no dejé de estar enamorada del limpio ángel motorizado y carnicero, primer y único hombre que me ha visto una pierna por dentro. Porque tuvo que abrirmela para insertarme en el hueso un tornillito de vanadio y coserme el ligamento.

También él se enamoró de mí, y el nuestro fue un amor sin obstáculos. Desalojamos de nuestros corazones los pálidos fantasmas que los ocupaban y nos instalamos

confortablemente en nuestra pasión.

De la convalecencia de esta segunda caída sólo recuerdo lo incómodo que resultaba ducharse con la escayola puesta, y lo divertido de las piruetas amorosas. No había peligro: un traumatólogo sabe muy bien cómo hacerlo. Todo lo demás de aquel tiempo está ocupado en mi memoria por la imagen de sus ojos azules mirándome como si quisieran penetrar en los rincones más profundos de mi alma, algo bastante difícil dado lo hermético de mi condición. A él, por el contrario, se le veía bien el espíritu reflejado en los iris transparentes. Y a mí me gustaba lo que veía.

En cambio, la primera caída, la del precipicio de mi adolescencia, está llena de detalles y de matices, de luces y sombras y misterios. Mientras permanecí en casa curándome las heridas, recibí algunas visitas de mi maestro, que quizá se consideraba responsable de lo ocurrido. Me traía libros encantadores, algunos de mitología y otros sobre la vida de los insectos. Yo se lo agradecía de corazón, porque estaba harta de que todo el mundo me regalara flores mustias y bombones.

Durante una de sus visitas le hablé de lo que había experimentado aquella tarde al borde del abismo. Meneó la cabeza preocupado y me aconsejó que anduviera con ojo con las seducciones de Hécate, que percibía peligrosamente fuertes en mi naturaleza. «Es verdad que los amados por los dioses mueren jóvenes», dijo, «pero no antes de haber devuelto al mundo, multiplicados, los dones con que fueron enviados a él»; y yo no había despuntado todavía en ninguna facultad o arte como para tener la presunción de haber sido llamada.

Interrumpiendo su reflexión, que no sé por qué tenía para mí algo de ofensivo, le pregunté por qué creía que me había sentido inclinada a precipitarme sobre las osamentas y cómo es que me pareció que brotarían alas de mis hombros si me entregaba al vacío sin desconfianza. La entrada de una doncella de mi abuela con una medicina y una taza de tila interrumpió nuestro coloquio. Fácil recurso, el de la criada que viene a cortar el diálogo cuando se vuelve arduo resumirlo decorosamente, pensará el lector. Y se equivocará. No hubo diálogo. Partenio aprovechó la entrada de la muchacha con la taza humeante para poner pies en polvorosa. No se interesaba por las tribulaciones de las adolescentes soñadoras.

Por mí parte, aunque él no me prestara mucha atención, yo le era apasionadamente fiel, como a todos a los que amo. Me rebelaba contra cualquier habladuría maliciosa sobre su persona o su obra, sin dejar de reconocer en el fondo que a veces sus detractores tenían parte de razón. Contrastar aquella razón reconocida con mi lealtad producía en mí espíritu dolorosas fisuras y desgarrones, porque mis criterios se hallaban entonces en una delicada fase de gestación, durante la cual la menor contradicción repercutía en mi almita como un terremoto. Mis criterios. Más tarde fui dándolos a luz entre dolores espantosos.

Y cuando ya creía tenerlos establecidos, he aquí que —en medio del camino de mi vida— los veía pulverizarse día tras día y volar, arrastrados por un viento amarillo, hacia el desierto inmenso de la indiferencia.

Al alargar el brazo mi amigo el escultor para recoger el cambio, vi que llevaba una muñeca cubierta con un espeso vendaje: eso era nuevo. El advirtió mi mirada y la muda interrogación que había en ella —mi buena educación no había llegado a tiempo de

borrarla de mis ojos—, y me invitó a abandonar la barra. Nos sentamos en una mesa apartada. Pidió dos cafés más y me contó —y eso sí que era nuevo de verdad— que aquel fin de semana se había suicidado. El suyo no había sido un suicidio frustrado ni un mero intento, había muerto realmente, dijo. Pero, por extraño que pareciera, se encontraba otra vez con vida. Interesantísima y alucinante información. Agucé el oído al advertir que se disponía a ampliarla.

Recordaba con toda claridad que el jueves se había cortado las venas en un baño tan caliente que tiritó al meterse en el agua y se le puso la carne de gallina. Y que luego se había encontrado, mucho tiempo después, una eternidad, sumergido hasta el cuello en un agua fría y sangrienta, repulsiva.

Había resucitado. Se puso en pie con gran dificultad, se envolvió en un albornoz y se arrastró hasta el estudio, dejando huellas pardas en el suelo. Era de noche. Encendió la luz y conectó maquinalmente el televisor, con las sensaciones nauseabundas de quien se levanta por primera vez después de una cura con antibióticos. Emitían el programa de las noches de los sábados. Insoportables variedades invariablemente iguales a sí mismas. Neón, lentejuelas, cueros negros, pechos como globos rosa, cabelleras martirizadas por tintes y fijadores, y la misma música de siempre, ramplona, ruidosa, empalagosa. Por si cabía alguna duda, la petulante pareja de presentadores recordó a la audiencia que era sábado, que era medianoche y que era preceptivo divertirse locamente. El reloj de pared dio las doce. La muerte, pensó el escultor, no detiene los relojes.

El se había suicidado el jueves por la tarde y sabía perfectamente que había muerto. Eso, por descontado. Jueves, viernes, sábado, calculó como un colegial que recita una lección. En su cuerpo no quedaba una gota de sangre. Pero estaba recuperando las fuerzas y sentía el estómago encogido por una intensa sensación de hambre acompañada por una terrible desgana. Aquello ya lo había experimentado antes muchas veces. La debilidad, el deseo imperioso de comer lo que fuera enseguida, y al mismo tiempo la repugnancia al pensar en los alimentos, la imposibilidad absurda de comer. Un médico le había dicho que aquello era «síntoma de que usted no puede tragar algo, su situación». No poder tragar la situación, figúrate. Sí algo le había fastidiado siempre —«algo», dijo, cuando casi todo le fastidiaba, al pobre— eran las explicaciones pueriles, los juegos de palabras. Aunque en el fondo sabía que en aquel diagnóstico latía una grande y oscura verdad. La situación. Tal vez lo que no tragaba era esa impotencia, saber que debía crear algo grande y no ser capaz de encontrar el camino.

El caso es que, fuera cual fuese la situación, la desgana se curaba con el mismo fármaco amarillo que le libraba de las palpitaciones, de la opresión en el pecho, de la angustia, del sentimiento de culpa e incluso de la sensación de estar en un mundo enturbiado por una especie de humo que le impedía ver las cosas con contornos nítidos, o como si todo fuera de papel y un soplo pudiera dispersarlo.

Pero, en aquella ocasión, lo único verdaderamente doloroso y al parecer irremediable era que algo le había arrebatado de la confortable muerte de la que había gozado tantas horas, tres días. Porque él estaba o había estado muerto. Eso estaba clarísimo; era lo único que estaba claro.

Con su hambre y su náusea, había ido a la cocina y se había servido un vaso de leche.

Antes de llevársela a los labios, vertió por costumbre una pequeña cantidad en el platillo de su gato Pelufo y esperó que el animal apareciera trotando alegre por el pasillo. Pero Pelufo, recordó, estaba muerto, como debía de estarlo él en aquel preciso momento. Muerto y remuerto. Tieso dentro del horno. No pudo tragar un solo sorbo de leche. Usted no puede tragar su situación, su impotencia; usted debería ser un genio, pero ¿lo es? Le diré a usted lo que es. Usted es...

Le asaltó un deseo tan descabellado y repugnante que sonrió, pero luego cedió a él. Después de todo, cuando uno sale de la muerte después de haber permanecido en ella el jueves, el viernes y el sábado, no tiene nada de extraño que le apetezcan ciertas cosas. Arrojó la leche al lavabo, aclaró el residuo blanco con agua y metió el vaso en la bañera. Sacó un poco de aquel líquido asqueroso, marrón, qué ya no tenía el claro color rubí del principio, cuando se había abierto la primera muñeca y la sangre arterial había teñido en delicadas espirales el agua limpia y perfumada. Se lo llevó a los labios. Usted no traga. Pero, vaya si tragó, ya lo creo. Al principio con repugnancia, luego con placer. Tuvo que llenar de nuevo el vaso, esta vez hasta el borde, y al beber experimentó, dijo, la misma sensación maravillosa de cuando bebía agua fresca en verano, cuando estaba vivo, en la fuente bajo las acacias después de un largo paseo.

Y ahora, ¿qué?, se preguntó. El hedor que provenía de la cocina, y que antes apenas había percibido, le recordó la suerte corrida por

Pelufo. El pobre animal se había mostrado poco dispuesto a morir; para él tragar no era problema y nadie esperaba de él una obra maestra. Le había acostumbrado a no tener miedo a nada, pero desde el momento en que decidió meterlo en el horno de gas, leyó en sus ojos de oro un pánico genuino. Eso no se aprende ni se olvida: está dentro.

Cuando el amigo de toda tu vida, el que te recogió en la calle, el que te hizo castrar por tu propio bien, el que te alimenta, te acaricia, te pasa la mano por el lomo, te limpia las orejas con bastoncillos de algodón, te deja dormitar en su regazo y hasta en su cama; cuando tu dueño —tu esclavo, en suma— decide matarte, lo intuyes y te desesperas, porque tú no quieres morir, no ha llegado tu hora. Sin embargo, era necesario. Mi amigo el escultor necesitaba que alguien le acompañara en su viaje al otro mundo y, además, ¿qué iba a ser del animal cuando él no estuviera para cuidarlo, si no sabía procurarse el alimento, si estaba acostumbrado a comer paté para gatos que había que sacar de un bote utilizando un abrelatas? Un día se había hecho un corte muy profundo en una mano abriéndole uno de aquellos botes.

Después de beber, se encontró perplejo y sin saber cuál era el siguiente paso. Las heridas no le dolían, pero tenían un aspecto terrible. Se admiró de su propio valor: se lo había cortado todo, parecía mentira, venas, tendones, casi hasta el hueso. Y eso que se tenía a sí mismo por un cobarde. Pero no lo era: «Aquí está la prueba», dijo enarbolando ante mí sus muñecas vendadas como si fueran un trofeo.

Se puso el termómetro y esperó siete minutos sentado en la tapa del inodoro. El mercurio no se movió del receptáculo. No sólo no tenía fiebre sino ninguna temperatura, como un pez. Renunció a tomarse el pulso, porque en el lugar donde debía encontrarlo había ahora un corte lívido que le recordó que es la sangre lo que late, y que él ahora no tenía ni gota en el cuerpo. Toda su sangre teñía el agua de la bañera. Litros de Bloody

Mary.

Permaneció allí largo rato con la mente en blanco, desolado. Al cabo de un tiempo, se sacudió la lasitud que le atenazaba y decidió vaciar y limpiar la bañera. Las bañeras sucias le sacaban de quicio. «Hay que ver lo escandalosa que es la sangre», dijo, «no me extraña que a los asesinos les cueste tanto trabajo hacerla desaparecer. Cuando está líquida se cuela por todos los intersticios y, cuando luego se cuaja, no es fácil quitarla.» Pero no estaba razonando como un asesino, ni siquiera como un suicida recién resucitado, sino como una mujer de la limpieza. Siempre temía que sus pensamientos no fueran lo suficientemente elevados y fuertes: por eso hablaba únicamente de su genio, como si tuviera que ocultar un secreto vergonzoso que cualquier frase dicha al azar delataría. Usted no traga su...

El reloj del estudio hizo sonar unas campanadas. Faltaba poco para el amanecer. Se durmió en el sofá, confiando en no despertar y en que todo lo anterior no fuera más que un sueño de la muerte.

Pero se equivocaba. El domingo amaneció vivo, y así seguía, aunque él se sentía completamente muerto, fuera de lugar. Ponía tanta convicción en sus palabras que por un instante llegué a verle como un cadáver a la luz cenicienta de aquel rincón del bar. La histeria contagiosa de un muerto viviente tan dado a los delirios como él no me resultaba nueva ni extraña. En otras ocasiones me había dejado llevar en alas de sus descabelladas fantasías, pero todo aquello era la locura más interesante de cuantas le había conocido, así que le pregunté más detalles de su muerte.

Después de acabar con el pobre gato, que arañó mucho la puerta del horno antes de asfixiarse, preparó el baño sin descuidar nada. Agua muy caliente, unas gotas de melisa, una botella de ginebra al alcance de la mano, y la navaja de afeitar de su padre, que guardaba en el fondo de una cómoda como una reliquia. Había sido buena idea conservarla, pensó, pero al mismo tiempo le dio aprensión la cuchilla. Se le antojó burlona, con su mango de hueso, al que el paso del tiempo había enriquecido con un tono dorado y transparente —así lo dijo; mi amigo se sentía como artista incluso cuando se disponía a abandonar el mundo de los vivos. Yacía como una joya en un estuche de concha forrado de terciopelo gris. Mirando aquella navaja terrible, propia de una época en la que todo era más intenso, pensó: Me ordenan matarme ellos, como si fueran los dueños de mi destino. Los muertos, ya resecos todos pero todavía mandando, reprochando, jodiéndome con sus exigencias. Tienes que ser un genio, pero...

No recordaba si le costó mucho decidirse a aplicar el filo a la carne, ni si la primera muñeca le dolió —creía que no—, ni si le fue difícil cortarse la segunda. Se lo pregunté porque es un extremo que siempre me ha intrigado en esta clase de suicidios. Sólo sabía que de pronto se encontró en un mundo luminoso, en pendiente hacia el sueño, y que sintió una felicidad increíble, supongo que como la que me produjo a mí la ingestión de un fuerte analgésico que me administraron en el hospital cuando me rompí la pierna, después de que Gabriel hurgara en ella y me pusiera el clavo. Aquella felicidad consistía en una profunda sensación de frescura acompañada de la convicción de que se está solo en el mundo, de que uno es Dios. Dijo que luego le sobrevino la calma, y después nada.

Y el sábado, aquel despertar desapacible en el agua fría, arrojado de nuevo al mundo

de los vivos. «Vomitado», dijo. Advertí que su resurrección no deseada le había procurado, al menos, cierta tranquilidad. Porque el hecho de tener las muñecas rebanadas le impediría trabajar, gracias a lo cual podría entregarse a la tarea de construir la obra de sus sueños sin posibilidad de fracaso al intentar sacarla del mármol a martillazos.

Gabriel y yo acabábamos de volver del cine y estábamos tomando una copa en casa tranquilamente antes de cenar, cuando sonó el teléfono. Lo cogí yo. Una voz femenina cuya propietaria no se identificó, preguntó sin la menor ceremonia si estaba «Gabi». «Gabi...¿qué Gabi?», pregunté a mi vez, mientras Gabriel dejaba su copa en la mesita del escarabajo Ctonocelis y me miraba interrogante. «Pues Gabriel Ángel Cuadrado», respondió fastidiada mi interlocutora.

Cuando atiendo a nuestro teléfono particular y preguntan por alguien que no soy yo, no suelo indagar de parte de quién, porque es una fórmula que abomino; pero Gabriel sí, y me ha contagiado la costumbre. De modo que, sin la menor malicia, lo hice. La voz tartamudeó un poco antes de decir su nombre: «Marina». Pasé el auricular a Gabriel y volví a hojear la revista que descansaba en mi regazo. Pero él no habló desde la habitación donde nos hallábamos, sino desde el supletorio de la alcoba.

No di importancia a un hecho tan nimio, aunque me extrañó. Y no por sí mismo sino sobre todo por el diminutivo que la chica —era una voz joven, insegura y poco hecha— había utilizado con tanto desparpajo para nombrarle, cuando ni yo ni su familia ni sus amigos le llamamos así, y por cierto temblor mezcla de miedo e insolencia con que lo pronunció. Y sobre todo porque inmediatamente se había apoderado de Gabriel un nerviosismo insólito.

La conversación debió de durar unos veinte minutos, al cabo de los cuales regresó, llenando la estancia de vibraciones inquietas. La gata se quedó mirándole con ojos redondos y las orejitas tiesas. Gabriel tomó la copa que había dejado y escrutó su fondo como si pretendiera leer algo en el resto de jerez que quedaba en él. Luego, sin levantar la vista, dijo que saldría después de cenar.

Era frecuente que lo hiciera y que no contara conmigo, ya que él es muy trasnochador y yo no —no me gusta salir de noche; prefiero quedarme en casa leyendo antes de irme a dormir—, pero casi siempre me avisaba con más antelación, por si yo quería hacer otros planes. No tuve más remedio que relacionar la noticia con la llamada de la tal Marina.

Enseguida sonó el teléfono de nuevo. Volví a cogerlo, porque se encontraba más cerca de mí que de Gabriel, al alcance de mi mano. La misma voz de antes volvió a preguntar por «Gabi». Un poco molesta, pero también divertida, pregunté como por juego quién llamaba, aunque lo sabía perfectamente. La respuesta, emitida con un tonillo de enojo infantil, «Marina, ya te lo he dicho antes», me escandalizó. De modo que ya me lo había dicho antes, de modo que aquella Marina de vocecita de gansa se permitía insolentarse conmigo en mi propia casa y tutearme sin más ni más.

Tendí el auricular a Gabriel, esta vez con una expresión de disgusto que no pude o no quise borrar de mi rostro. El, por su parte, suspiró irritado, juntó sombríamente las cejas y contestó desde donde se hallaba, con voz un tanto áspera, una serie de monosílabos.

Esa pequeña acaba de pasarse de rosca, pensé. Peor para ella. Porque Gabriel es como un cielo azul, pero cuando se nubla más vale ponerse a cubierto. Tal vez ella no lo sabía, pero yo sí. Veinte años de matrimonio me daban derecho a presumir de conocer bastante bien a mi marido. El hecho de que saliera aquella noche me molestó. El captó mi malestar, aunque no dije nada: entre nosotros no hacían falta palabras para comprender mutuamente lo que sentíamos y pensábamos. No me importaba que saliera ni con quién, pero sí que alguien llamado Marina le reclamara en nuestra casa tan perentoria e inoportunamente. Desde ese instante, un pequeño dolor se instaló en mi corazón y fue creciendo como una planta parásita.

3

En una de mis visitas a Partenio en el hospital le hallé solo. Su hermana acababa de marcharse y no había nadie ante el cristal desde el que podía vérselo. Intenté comunicarme con él por medio del horrible interfono que se utiliza para hablar con los enfermos de la unidad de reanimación, por el que se han vertido tantas patéticas palabras de ánimo, se han dejado escapar sollozos, se han mentido consuelos; el mero hecho de descolgarlo ya deprime.

Pero no sólo no contestaba a mis llamadas, sino que no daba la menor señal de oírme. Tenía los ojos cerrados y respiraba con mucha dificultad. Su pecho subía y bajaba al compás artificial marcado por una máquina. Al cabo de un rato de insistir infructuosamente, y cuando una angustiosa sensación de impotencia empezaba a apoderarse de mí haciendo nacer en mi interior el impulso de golpear el cristal y ponerme a gritar con todas mis fuerzas, una enfermera se acercó a mí y me dijo suavemente que, si quería, podía entrar a verle un momento.

La seguí hasta el interior de aquella especie de cámara de ciencia-ficción y dejé que me pusieran sobre mis ropas una bata verde, me cubrieran la cabeza con un gorro de la misma tela —lo cual me fastidió, porque acababa de salir de la peluquería— y cambiaran mis zapatos por unas cosas informes que me hacían sentir ridícula. La enfermera me dejó sola delante de una cama en cuyo ocupante no reconocí a Partenio. Desorientada y perpleja, miré a mi alrededor, pero el resto de los enfermos que agonizaban erizados de tubos se parecían todavía menos a mi maestro que aquella especie de foca desollada, espantosa, que yacía ante mí con los ojos cerrados, criatura indefensa pero que parecía albergar en su interior uno de esos monstruos en forma de pulpo que habitan el espacio estelar. Le temblaba la boca. Un cable salía de su garganta. Tenía las manos sujetas a la cama con cintas de caucho, sin duda para que no se arrancara los tentáculos que le unían a los aparatos que le suministraban una parodia de vida.

Al principio no podía resistir su visión y mi primer impulso fue doble: dejarme caer al suelo y, al mismo tiempo, echar a correr por los pasillos de aquel infierno. Naturalmente, no hice ni una cosa ni otra. Permanecí de pie junto a él, escrutándole con ojos ávidos, impúdicos y perversos, recreándome en aquello que ya sólo era un cuerpo, un coágulo de miseria, el garabato infantil que había sustituido a lo con y, reduciendo mí

tamaño tanto como pude, me eché a llorar abrazada al bolso, con un llanto seco y ronco.

La gata acudió corriendo a mi encuentro. Se frotó contra mis caderas, maullando de un modo insoportable. Estaba en celo por mi culpa, porque se me había olvidado llamar al veterinario para que le pusiera la inyección que la deja tranquila durante meses. Las dos éramos muy desgraciadas aquella tarde, mucho. Y nada parecía presagiar una noche feliz. Yo, al menos, podía tomarme un par de Valiums y olvidarme de todo durante unas horas, pero mi pobre amiga iría y vendría por el pasillo reclamando amor inútilmente.

El paso del tiempo iba empeorando las cosas de un modo tan sutil como insidioso. Partenío no acababa de morir. Las obsesiones de mi amigo el escultor se estaban volviendo aburridas, como si se marchitaran; y aquella muerte suya, que al principio me hizo gracia, empezaba a resultarme un juguete para necios. La gata estaba como loca con sus calenturas. Y Gabriel trasnochaba cada día más, consultaba frecuentemente el reloj, se abalanzaba sobre el teléfono cada vez que sonaba, miraba a ratos al infinito y en su vocabulario había palabras nuevas.

Hasta el escarabajo Ctonocelis se resintió. Un día lo saqué de la caja de cristal donde dormía el sueño de los justos y lo sostuve en la mano un momento. Pesaba menos que una hoja seca, lo cual contrastaba horriblemente con lo enorme de su tamaño. Mejor dicho, era tan grande y tan negro, tenía tantas patas, antenas, mandíbulas, alas y garras; su gigantismo era tal, que me pareció que la palma en la que lo sostenía iba a horadarse bajo su presión. Qué sensaciones monstruosas. Pues bien, vi que en uno de sus flancos se había declarado la ruina. Se estaba apolillando, se deshacía a pesar de los cuidados que le prodigaba y a la bolita de alcanfor que, como una perla que constituyera su ajuar funerario, lo acompañaba en su tumba de cristal.

Lo mismo me pasaba a mí últimamente: mi interés por el mundo y mis sentimientos, antaño resplandecientes y dotados de mil alas irisadas y de fuertes antenas, se deshacían en lo que al principio era la dulzura de la nada y enseguida la aridez del más áspero desierto. El desierto del amor.

4

Triste y un poco fatigada, un domingo me dirigí a la vieja casa de mis abuelos, vacía desde su muerte. Me pertenece y constituye mi refugio y el lugar en que me encuentro más a gusto para escribir. Lo más importante para mí es que contiene la biblioteca de mi abuelo, cuya llave pende de mi cuello y anida en mi pecho como una joya secreta, que a veces acaricio maquinalmente bajo la tela de la blusa cuando las palabras se resisten a acudir al papel a la convocatoria de mi fantasía o de mi memoria. Abre las puertas del cielo y del infierno, procurando la ilusión de que es posible escapar del mundo. Maravillosa falacia.

Cuando todavía vivíamos en la casa, a la menor ocasión me deslizaba en su interior y, procurando no dejarme aterrorizar por la visión del caballo disecado, herencia de un antepasado de gustos estrafalarios, la saqueaba. Tomaba los volúmenes que me llamaban la atención por sus ilustraciones o por los títulos, y los leía en un lugar que había hecho

mío: el jardincillo de la ninfa. Aquel pequeño jardín trasero ya estaba por entonces tan descuidado como mí propio espíritu, pero la diosa de mármol aún yacía con los ojos cerrados sobre un pedestal musgoso, arrullada por el susurro del agua que brotaba de un ánfora caída, sobre la que apoyaba un brazo y la cabeza. Era el alma de la casa. Un alma en la que reinaba la paz, porque en su descanso parecía haber pasado de ser carne celeste y viva a fría piedra por efecto del sueño, a la sombra de las viejas madre selvas. Bajo ella, vivificados por la frescura del agua, crecían esos lirios níveos que curan las ilusiones de faunos en los sueños y alejan a los incubos. Por eso, si alguna vez me adormilaba la música del surtidor, soñaba cosas vanas, iridiscentes.

Allí leía durante las siestas hasta que se me nublaban los ojos, y me sumía en meditaciones interminables sobre cualquier extravagancia. Y al hilo de palabras o de historias, soñaba amores inauditos, creaba amantes dotados de seducciones y virtudes contradictorias. En aquel espacio recóndito recibí directamente de los genios las semillas de la pasión y presentí por primera vez a Gabriel, cuyo camino tardó varios años en cruzarse con el mío. jugar con ese fuego me extenuaba. Con frecuencia acababa sucumbiendo a tiernos caprichos de mi cuerpo, como embriagarme con el aroma de mis muslos en mis días de sangre. Cuando los ojos se me fatigaban por haberlos mantenido demasiado tiempo fijos en el libro, los cerraba. Oprimiéndomelos con la punta de los dedos, veía un denso mar de esmeralda o de oro. Si era de esmeralda, sentía cercana la ya imposible presencia de mi madre: mi espíritu parecía diluirse en la perfección de un silencio absoluto, y el mundo se apagaba como una vela cuyo pábilo fuera rozado por unos dedos húmedos de saliva. Sí era de oro, me exaltaba, llena de fuerza solar.

Aquello pertenecía a una época remota e irre recuperable. Ahora vivía en el mundo, y el mundo se componía de fragmentos, de muerte y de fatiga, con la biblioteca como único refugio. Tomé un libro de los anaqueles bajos —no tenía ánimos para subirme a la escalerrilla— y traté de distraerme hojeándolo. Al punto me sentí feliz, como si de repente me hubiera rodeado un corro amistoso de pequeños dioses tutelares.

Me sumí en la contemplación de un viejo grabado, en el que se veía yacer a una joven de larga cabellera oscura en un lecho fúnebre en el centro de una plaza. Una fachada de columnas cerraba el fondo, las líneas del buril muy separadas para dar la sensación de lejanía. Rodeaban a la muerta personajes de porte aristocrático, con las cabezas respetuosamente descubiertas. No necesitaba leer el texto que acompañaba a la estampa para saber que representaba a la ignota romana hallada hace cinco siglos en unas excavaciones de la Vía Apia, en un sarcófago sin inscripción ni relieves. Se conservaba tan perfectamente que parecía dormida.

En aquel tiempo en que la vida y la muerte eran las dos caras de la misma moneda, nadie se sorprendía al ver cadáveres flotando en el Tíber o siendo pasto de los perros o juguete de la chiquillería. Nadie hacía melindres si tenía que arremangarse los faldones y dar un salto para no pisar una carroña a la puerta de su casa. Pero el hallazgo del cuerpo de la joven fue recibido como un raro don. Y es porque aquella belleza, que tenía un risueño aspecto primaveral, era el alma misma de la ciudad, hermosa y repugnante, morena de piel clara y uñas como cristales, hediendo a carne perfumada y vieja. Roma.

Fue tal la simpatía entusiasta que mostraron los romanos hacia la hermosa antigualla

venida desde el fondo de los siglos, que el Papa temió una vuelta al paganismo, escribieron en sus cartas los embajadores vénetos y napolitanos, con sus plumas venenosas. Pero se equivocaban. Partenio nos había dicho a los atónitos discípulos que lo que había sembrado el terror en el corazón de aquel hombre agobiado por el peso de la tiara y de los años, y que ya no discernía las fronteras entre su historia personal y la de su pueblo, no era eso. Lo que le aterraba secretamente era el hecho de que él sí conocía el nombre de aquella joven patricia de negra cabellera y pendientes en forma de gorgona. Se llamaba Mater Tenebrarum y venía en su busca, para arrastrarle al Hades.

Los conservadores se la regalaron, pero no quiso ni verla. No supo que unas manchas oscuras habían empezado a extenderse bajo la finísima piel de la frente y las mejillas, ni que la nariz parecía estar perdiendo frescura. El cabello, que hasta entonces cayera en suaves bucles como humedecidos por el sudor, adquiriría por momentos la aridez de la estopa. Ordenó enterrarla en los huertos vaticanos, junto a unos gallineros. A partir de entonces, comenzó el rápido crepúsculo de su vida.

Partenio solía contar historias como ésta, misteriosas y aparentemente sin sentido, pero que causaban gran impacto en nuestras tiernas imaginaciones. Muchas veces me han servido de estímulo en mi trabajo. Y ahora que tenía entre manos un artículo sobre un Papa del Renacimiento, recordaba sus palabras a propósito del hallazgo de la romana muerta, su discurso lleno de meandros a lo largo del cual brillaban significados apenas sugeridos, insinuaciones, metáforas que uno estaba a punto de descifrar cuando ya se habían desvanecido, como figuras de un caleidoscopio. Mater Tenebrarum. Nuestra Señora de las Tinieblas.

En la casa de mi abuela servía de bañera un sarcófago romano encontrado en el subsuelo del jardín. En uno de sus frentes tenía esculpida la muerte de la amazona Penthesilea a manos de Aquiles. Y en el otro, que no se veía porque estaba arrimado a la pared, el viaje de las almas hacia las Islas de los Bienaventurados bajo la forma de un cortejo marino de nereidas y tritones. Una vez le hablé de él a mi amigo el escultor y dijo que le parecía el lugar idóneo para cortarse las venas, encantador pensamiento clasicista, si no fuera porque lo expresó sin el menor atisbo de humor, mientras removía el azúcar de su café con gesto reconcentrado.

Dejé el libro abandonado en un sofá, abierto por el grabado, y me entregué a un capricho extravagante: bañarme en el sarcófago de Penthesilea. Hacía años que no se usaba y estaba muy sucio. Además, no había agua caliente. No fue un baño de placer, sino un ejercicio espiritual del que salí renovada. Tampoco encontré toallas. Tuve que secarme con una colcha de damasco azul zafiro que encontré en el fondo de un arcón, apolillada y desteñida,

En los lugares en que el color se conservaba, era tan bello que provocaba una especie de náusea.

Regresé a mi casa presa de un deseo casi enfermizo de hallar a Gabriel y refugiarme en sus brazos. El era ahora mi vida. El pobre Partenio, moribundo, ya no contaba. ¿Y si Gabriel dejara de contar para mí alguna vez, y si nuestro amor no soportara las pruebas del tiempo y acabara muriendo? Oh, no. No.

Estaba escribiendo el artículo sobre los últimos años de pontificado de un oscuro Papa del Renacimiento. Como no lograba concentrarme y, por otra parte, hacía varios días que no veía a mi amigo el escultor, le llamé por teléfono. Me movió a ello más una curiosidad insana hacia el estado de sus delirios que un sentimiento desinteresado. A veces me pregunto si seré capaz de amar a otros seres que no sean Gabriel y los gatos.

Marqué su número con la atención neurótica que es habitual en mí, lentamente y consultando cada cifra en la agenda un par de veces, como si retenerla un instante en la memoria estuviese fuera del alcance de mis facultades. Cuando se estableció la conexión y esperaba oír la llamada en su receptor, lo que llegó a mis oídos no fueron los acostumbrados timbrazos, sino un golpeteo de palos o tablas increíblemente siniestro y desacompasado. Una voz de mujer que venía de muy lejos, como saliendo del fondo de un pozo, musitó en mi oreja a través del auricular: «¡Ay, Dios mío!».

Juro que nunca había oído nada igual. Aquella voz rezumaba tanta pena, era un lamento tan espantoso que me recorrió la espalda un escalofrío y colgué aterrada, porque tuve la impresión de que el mensaje iba a continuar, introduciéndome en un mundo de pesadilla o revelándome algún secreto infernal o simplemente repulsivo. Sin embargo, estaba despierta y serena. No había fumado ni un gramo de hierba ni bebido nada más que té en toda la tarde. Ni siquiera té verde, que en la literatura del siglo pasado tiene fama de provocar visiones pero que, al menos el que yo compro en los grandes almacenes, es totalmente inofensivo.

Marqué de nuevo el número con mano temblorosa, temiendo que el fenómeno se repitiera o quizá deseándolo. Y esta vez escuché la señal, que me sonó a música celestial, y enseguida el ruido seco del receptor al ser descolgado. La inconfundible voz de mi amigo, insegura y borboteante, acabó de disipar mis celos. Con su retórica habitual, me dio las gracias por la llamada y me rogó que le hiciera una visita, porque no se encontraba bien y quería hablar conmigo. Yo no tenía ganas de ir, pero había en sus palabras tal tono de súplica, tanta desolación, que prometí estar con él en media hora.

Era la primera vez que iba a su casa y me costó un poco encontrarla, porque carezco por completo de sentido de la orientación. Estaba situada en el barrio antiguo, en un rincón privado de cualquier clase de esplendor. Ni siquiera lo animaban los bares habituales en la zona. No era más que una podrida bolsa de antigüedad —mejor dicho, de vejez—, olvidada y sucia, un descosido del tejido urbano habitado por ancianos que ocupaban los destartados caserones desde tiempos de Maricastaña.

Cuando el inmenso portal, que tenía algo de caverna, me hubo devorado, me hallé sumida en unas tinieblas atroces, respirando un aire cargado de olor a orines y a humedad. Se encendió una luz amarillenta, iluminando la aparición de una vieja que se aferraba al palo de una escoba con garras de arpía —lo único que parecía vivo en ella. Con una indiferencia demasiado ostentosa para ser auténtica, me preguntó qué deseaba. Al oír el nombre de mi amigo, su rostro se cuarteó de arrugas malévolas. Declaró como con asco que hacía mucho que «ese señor» no aparecía por allí y que el piso estaba vacío. Ante mi

insistente información de que acababa de hablar con él por teléfono, se encogió de hombros y dijo que lo comprobara por mí misma. Me indicó con evidente placer que el ascensor no funcionaba; pero si me empeñaba en subir, dijo, encontraría la puerta abierta, porque estaba limpiando.

Subí los cuatro pisos por unas escaleras sucísimas, en cuyos rincones la mirada descubría cadáveres diversos y no siempre pequeños de insectos. Por fortuna, el trato constante con mi escarabajo titánico parecía haberme curado la fobia hacia las cucarachas, que antes me ponían enferma, estuvieran vivas o muertas, porque hacían aflorar a mi corazón el hedor de una mancha profunda que hay en mí, pero cuya naturaleza o causas desconozco. Lo que sí puedo es imaginar su aspecto: grande, seca, imborrable, como si hubiera impregnado la textura de mi alma hasta el filamento más recóndito. Esta mancha tan molesta continuaba en su sitio, naturalmente, pero las cucarachas habían perdido el poder de evocármela.

Enredada todavía en tales pensamientos, llegué ante el número de mi amigo y pulsé el timbre. Nadie acudió a mi llamada y además la puerta, como había dicho la vieja, estaba entornada. Aunque no lograba desprenderme de una dulzona sensación de extrañeza — como si no me encontrara allí sino en mi estudio escribiendo—, la empujé y entré, cerrando tras de mí. Casi pillé el rabo a un gatazo rubio que salió huyendo. Pelufo, pensé, el animal asesinado por mi amigo para que le acompañara al más allá cuando se suicidó. Y sonreí como una idiota.

El ruido del pestillo al cerrarse sonó maligno. Me hizo pensar en el chasquido de satisfacción de unas grandes fauces al atrapar su presa. Recorrí el apartamento con aprensión. No había nadie. Estaba casi en penumbra, con las persianas bajas. En el aire flotaba un olor nauseabundo. Pude entrever unos cuantos muebles, trastos baratos y viejos dejados allí sin duda por el dueño de la casa y que mi amigo utilizaba a falta de algo mejor. Le compadecí, sabiendo que su espíritu en carne viva sufría con la fealdad y sobre todo con la falta de gracia. En la estancia más amplia los había amontonado en un ángulo y cubierto con unas sábanas, dejando espacio Ubre en el centro para trabajar. Había estatuas apenas esbozadas, fragmentos de arcilla seca, algunos utensilios cuyo uso yo desconocía, latas de cerveza, botellas vacías, bandejas de comida preparada con restos echados a perder. Buena falta está haciendo que limpie la bruja ésa, pensé.

En el cuarto de baño, que era enorme y verdoso y sombrío, me aterrorizó la bañera del suicidio, en la que creí ver un reborde de espuma marrón de sangre seca. Sobre la tapa del inodoro se hallaba la navaja con mango de hueso. Admiré su belleza un tanto obscena — las antiguas barberías de hombres y los objetos que hay en ellas siempre me han asqueado, como las cucarachas. Aunque lo deseaba, no me atreví a tocarla. Su filo brillante invitaba a los helados contactos con la piel que hacen brotar rubíes.

Era evidente que mi amigo no se hallaba en casa. Sufrí la pequeña humillación de tener que reconocerlo cuando, al bajar, la portera me interrogó con muy malos modos sobre si ella tenía o no razón. Todos tenemos razón alguna que otra vez, quise replicarle, pero salí en silencio.

En el fondo sentía alivio, porque deseaba regresar a mi estudio y continuar trabajando. Dediqué poca atención al episodio de la fallida visita a mi amigo y no me

entretuve en investigar los motivos de su ausencia. Sencillamente, no me importaban los motivos, ni la ausencia, ni su persona ni nada. Era mi ar tículo el que me necesitaba. Mi anciano pontífice.

Cuando estuve sentada de nuevo ante mi escritorio, tuve la impresión de no haberme movido de allí en todo el tiempo. Eso me produjo una extraña desazón. Me pregunté si el hachís que fumaba en ocasiones me estaría haciendo perder la memoria o si es que la realidad comenzaba a escapárseme. Para salir de dudas, marqué de nuevo el número de mi amigo, pero afortunadamente nadie contestó a mi llamada.

6

Gabriel y yo vivimos una semana muy feliz. Regresábamos ambos a casa tarde pero casi al mismo tiempo, y luego salíamos a cenar juntos. íbamos al cine, volvíamos dando un paseo y poníamos fin a la jornada leyendo, con los gatos en el regazo y una música suave invitándonos al sueño. No era normal en él mostrarse tan casero, pero no me atrevía a preguntarle la razón, tal vez por no obligarle a mentir; me limitaba a disfrutar de su compañía. Le miraba por encima del libro, enamorada como una adolescente, y él me sonreía cariñoso.

Siempre ha sido muy cariñoso conmigo, aun temiendo algo oscuro y profundo que hay en mí. Eso no le ha impedido amarme; por el contrario, ha estimulado su deseo y su infatigable curiosidad. El nunca ha sabido lo que temía; yo, sí: mi feminidad. Supongo que soy una devoradora, como todas las hembras, aunque procuro moverme en el mundo con la mayor discreción posible. Sobre todo, nunca he querido asustarle a él. A los demás, no me importa. Muchos me han tenido miedo, incluso mi amigo el escultor, incluso Partenio: miedo a defraudarme, a no estar a mi altura y a que les castigara por ello de una manera que no puedo ni imaginar. Mater Tenebrarum.

Odiaba que Gabriel me temiera. Hubiese preferido mil veces un par de bofetadas a ciertas consultas a hurtadillas a mi rostro para escrutar mi expresión. Supongo que Marina no le inspiraba temor, porque él mismo confesaba que era muy distinta a mí y otras cosas que me hacían sospechar que con ella se sentía dueño de la situación, aunque no lo era. Un hombre no es dueño de la situación con ninguna mujer, con ninguna.

Hay que haberlas visto subir por las laderas de los montes en invierno, llevando ramas de hiedra, cabritos, cestas cubiertas con paños blancos. Están muy pálidas, pero, bajo la claridad superficial de la piel de sus rostros, se transparenta el fuego de un rubor que no tardará en cubrirlas de la garganta a la frente. Son madres jóvenes, madres maduras, viejas. Brujas atolondradas como pájaros por la locura del amor que han dejado en sus casas. Acuden a una llamada que les ha hecho olvidar lo que son y regresar a la condición de bestias de los campos. Una de ellas, cegada por el numen que las arrebató con un entusiasmo apasionado, se arroja sobre su propio hijo, que espiaba oculto detrás de unos arbustos. Le ataca porque ve en él a otra fiera en lugar de al fruto de su vientre. Llama a sus compañeras, que le agarran, estiran sus miembros en todas direcciones, muerden sus flancos tiernos, sus muslos. Le desgarran. Ella se encuentra con la cabeza de

la presa entre las manos ensangrentadas, como cuando sacrifica un cordero en el patio. Y devora sus mejillas, devora su ojos y devora los labios, que saben a moras. Es un gran espectáculo, exento de crueldad: sólo los pusilánimes no ven en él la belleza divina brillando por entre los intersticios del cuerpo desgarrado. Todas participan en el banquete, y cuando están hartas de la carne del joven, cuando ya sólo un montón de huesos sucios da cuenta del misterioso evento, un soplo les devuelve la razón y conocen lo que han hecho. Entonces desaparece lo que había de divino en estos actos y puede comenzar el melodrama. Su desesperación es grande, pero mayor su miedo a ser descubiertas, juran no decir nada: único juramento al que guardarán fidelidad en su vida de perras.

Sin embargo, todo esto es natural y puro. ¿Quién no ha visto una gata que, acabando de parir, exhausta y famélica, devora una de sus crías junto con la placenta para restaurar sus fuerzas o tal vez sólo por descuido o por una oscura maldad? ¿Y la gallina negra, espantoso monstruo del corral de la casa de mi abuela, que perseguía a sus polluelos, los mataba a picotazos y, sin que el menor escrúpulo la inmutara, se los comía ante mi asombro de niña y las risas desapacibles de las criadas? Es propio de la hembra desear las carnes que han salido de sí misma, como uno gusta de devorar sus propias uñas, beberse las lágrimas, la propia sangre cuando se hace un corte en un dedo.

Y no sólo devoran a sus hijos, sino también a sus amantes, como los insectos, a veces en circunstancias o con excusas muy plausibles, incluso piadosas, como cuando la reina Artemisa se bebió las cenizas de Mausolo para enterrarle en su propio cuerpo. La princesa Teófana Paleólogo, tigresa enloquecida por el amor, engulló a dos maridos y tres pajes en un intento desesperado de incorporarlos a su propio ser.

Pero tienen un miedo cerval a sus impulsos caníbales. Un día escribí en el interior de la puerta de un lavabo de señoras un mensaje diciendo que, si alguna deseaba comer carne de niño fresca y a buen precio, dejara allí su teléfono. Nunca pensé que las que orinaban leyendo mi inocente grafitto fueran a reaccionar con algo más que con una sonrisa, pero me equivocaba. Varias escribieron debajo —algunas con barras de labios— gruesos insultos, curiosamente en masculino: sucio cabrón, vicioso, asesino de mierda, borracho. Les aterró mi contribución al palimpsesto de bromas y procacidades de aquella puerta, y además pensaron que el autor era un hombre. Sin duda, mi ingenua broma había puesto el dedo en alguna llaga.

En fin, mis cuitas palidecieron ante el esplendor que cobró Gabriel durante aquella semana de libertad. Ignoro de qué estaba ubre, pero era evidente que, al menos de momento, había vuelto en sí. Leímos juntos, hablamos de nuestras cosas y del mundo y, sobre todo, nos reímos mucho y retozamos a horas y en lugares inverosímiles. Su miedo había desaparecido, se sentía dueño de mi risa y de mi cuerpo —y lo era, como siempre. Pero la noche del domingo, mientras nos hallábamos comentando muy animados la película que acabábamos de ver, sonó el teléfono. Antes ya de cogerlo supe que era Marina y la adiviné furiosa y atormentada. Cuando descolgué y hube lanzado un «diga» que me sonó hostil a mí misma, colgó sin responder.

A veces me hubiera gustado conocer menos a Gabriel, no ser capaz de oírle pensar, no saber cuándo estaba nervioso ni por qué. Comenzó a estarlo en ese momento y su pensamiento se alejó de donde había estado hasta entonces, trenzado con el mío. Como yo

preveía, la llamada se repitió, y esta vez le dije que contestara él. ¿Se iría al supletorio o lo haría desde allí? El hecho de ser asaltada por preguntas como esta hacía que me sintiera arrancada de mi mundo y lanzada a otro que no tenía nada que ver conmigo.

Se fue al supletorio. Pero, contra lo que me temía, al volver no anunció que fuera a salir. Trató de reanudar nuestra conversación donde la habíamos interrumpido, aunque sin entusiasmo. Eso me molestó más que si se hubiera limitado a marcharse dándome una excusa razonable. No dije nada, pero hice un movimiento incontrolado tan brusco para coger mi copa, que la tiré al suelo y su contenido manchó la alfombra. La gata, salpicada por el whisky, saltó de mi regazo como si le hubiera caído encima carbón ardiente.

Gabriel me preguntó si me ocurría algo, porque también él me lee el pensamiento. Nada, no me ocurría nada. Y no quería hablar de aquello; tal vez él sí, pero yo no. Y en lugar de terminar la velada de forma tan grata como la habíamos empezado, me fui a la cama de un humor de perros. Tardé mucho en dormirme, sintiéndome desdichada y al mismo tiempo ridícula por sentirme desdichada.

Al día siguiente no volvió a cenar. Me acosté aún más abatida que la noche anterior. Cuando la luz del sol entraba ya por las rendijas de la persiana, me desperté bruscamente. Aún no se hallaba a mi lado. Consulté el reloj: las seis. Entonces oí las llaves en la puerta. Me fingí profundamente dormida. Con los ojos cerrados y temiendo que oyera los latidos de mi corazón, le oí desnudarse y sentí cómo se deslizaba a mi lado con cuidado para no despertarme. Me odié a mí misma, le odié a él y al universo entero.

7

El Ctonocelü estaba poniéndose un poco descolorido a causa del rayo de sol que soportaba todas las tardes sobre la mesita del té, bajo el techo de cristal de su caja de bella durmiente. Pensé que podría evitarlo guardándolo en un cajón del escritorio, pero entonces no lo tendría a la vista y sería como si no existiera; al menos así contaba con la vida de ultratumba que le proporcionaba mi mirada. En la duda, preferí que se deteriorara ante mis ojos. Total, también se habría desintegrado, a la larga, en su selva natal de la Amazonia si un buscador de escarabajos —curiosa profesión— no lo hubiera matado limpiamente con cianuro. Estas obras fútiles fabricadas en serie por la naturaleza, bien mirado, no merecen que se las conserve con tanta reverencia y amor como las del arte humano, fruto de las operaciones del espíritu.

En fin, el escarabajo titánico se deterioraba. Por otra parte, y por si faltara algo para que me abrumara un cúmulo de calamidades domésticas, la gata estaba comiendo de lombrices. Lo descubrí al ver sobre mi mesa de trabajo, cuya superficie es muy pulida, la huella húmeda y casi imperceptible de su ano, en cuyo centro se retorció un gusanillo recién abandonado. Los extremos de su cuerpo diminuto eran puntiagudos, algo más oscuros que el resto. Ella se había ido ya a dormir en el diván, pero me había dejado un mensaje: tengo lombrices. Mejor dicho, no dejó mensaje alguno. Ni siquiera sabía que las tenía, sólo sentía un poco de comezón, tal vez no del todo desagradable, en los intestinos. Fui yo quien convirtió en mensaje lo que sólo era un accidente mínimo y repugnante de su

cuerpo —¿por qué repugnante? ¿Por qué las cosas del cuerpo son tan miserables? Sin embargo, así es como yo me entiendo con la gata, interpretando cualquier cosa sin sentido que me llega de su mundo remotísimo, que sólo coincide con el mío dos veces al día: por la mañana y por la noche, cuando me pide comida y yo se la doy. Son instantes de gran armonía y comunicación entre nosotras; creo que incluso de amor.

Más tarde, observándola con detenimiento, vi un par de aquellos bichos blancos colgando de su preciosa cola. Y por último empezó a dejarme algunos —a veces muertos, un poco arrugados y amarillentos, marchitos— en la falda, después de haber dormido en mi regazo. Al principio me daban mucho asco pero me obligué —y lo conseguí— a convencerme de que eran inofensivos, y desde entonces me los sacudí sonriendo. Pequeñas victorias de la razón y la voluntad.

¡Mi linda, mi suntuosa gatita, devorada en vida y desde dentro por los gusanos, sin sufrir, sin que pareciera molestarle albergar tales huéspedes! Pero yo no era indiferente como ella al símbolo, al jeroglífico y la alegoría, y no podía pensar en gusanos sin ligarlos a la idea de un cuerpo muerto —por eso me extrañaban tanto en un animal rebosante de vida— y a la de las moscas. Estas consideraciones me quitaron las ganas de seguir escribiendo, pero la inercia me retenía en el sillón del escritorio, con las fotografías de las antiguas cámaras secretas vaticanas desplegadas ante mí en completo desorden. Y en ese momento me vi asaltada por una extraña fantasmagoría que tenía el apagado esplendor del oro viejo.

Una estancia abovedada, altos muros cubiertos con tapices de la vida de la Virgen. Un lecho en el que lo severo se matiza de opulencia gracias a las telas orientales, y en el que yace —oscuro, grueso, hediondo— un enfermo. Es un pontífice que muere lentamente, rodeado por tres obispos médicos y un maestro de ceremonias. Hay en la escena un silencio solemne, una especie de dolorosa resignación y un callado hervor de intrigas. De pronto, por la ventana abierta ala tarde de agosto, penetran una vaharada del agua pútrida del río y una mosca, que va a posarse sobre el embozo blanco de la cama. Las manos del moribundo arañan la tela cada vez con menos fuerza y mas rabia. La rabia de la vida que se resiste a extinguirse. «Es el heraldo de la muerte», musita uno de los doctores señalando al insecto. «Cuando hace su aparición esa mosca, cuyo aspecto vulgar encubre unos orígenes infernales, toda esperanza desaparece, el milagro de la supervivencia no se producirá. El enfermo no tardará en morir.»

Al maestro de ceremonias le incomodan esos cuchicheos agoreros y ordena con un gesto de su mano elegante que se guarde silencio. Pero también él sabe. La mosca de la muerte no tardará en depositar sus huevos en el cuerpo del Papa. De ellos saldrán las larvas que se nutrirán de esa carne espantosa. Los gusanos. En un rincón, dos pajes rubios y un perro devoran los pasteles que la inapetencia del moribundo ha dejado intactos. Y beben leche de una jarrita de plata, a hurtadillas y con grandes risas contenidas, porque saben que si les ve el maestro de ceremonias, les hará castigar severamente. Esa leche de mujer, que proviene de la más sana y robusta de las nodrizas que crían a los niños vaticanos, no es del agrado del perro, pero los muchachitos la beben golosos, intercambiando sucias miradas de complicidad.

Presa de la fatiga y el hastío propios de quien trabaja en solitario largas horas, recogí

las fotos y los papeles. Cuando estaba guardándolos en los cajones del escritorio, creí oír un lamento que, naciendo en las profundidades de la casa, llegaba hasta mí envuelto en la dulzura de un recuerdo infantil. «La Moribunda», pensé.

Hubo un tiempo en que estuvo de moda en mi familia referirse en broma a la Moribunda cada vez que se oía el gemido del viento o el jadeo de las lechuzas en los desvanes o el correteo de las ratas. Nadie sabía quién de nosotros había inventado al personaje, pero en las veladas de invierno, al menor ruido inesperado, alguien exclamaba: «¡La Moribunda!», y todos nos echábamos a reír con el trémolo nervioso y tierno de la complicidad. Aquella moribunda inexistente llegó a ser muy popular entre nosotros, hasta el punto de que cuando no se oía nada o se producía una pausa en la conversación, mi madre no lo achacaba ya al paso de un ángel, sino que decía suspirando: «La Moribunda se ha muerto, porque ya no se la oye».

Entonces me traspasaba una punzada de tristeza. En lo más profundo de mi alma temía que la Moribunda nos abandonara. Para mí se había convertido en el espíritu protector del hogar, la diosa tutelar del santuario más íntimo. Muchas veces, antes de dormirme, le dirigía una frase cariñosa o un pequeño ruego. «Moribunda, ven a hacerme compañía, que las sombras de ese rincón me dan miedo; Moribunda, te quiero.» «Que me compren la muñeca, que a la abuela no se le olvide traerme el regalo que me prometió para cuando se me caiga el último diente de leche.» «Moribunda, llévatelos a todos muy lejos, últimamente están pesadísimos.»

La casa no tardó en llenarse de moribundos, pero no como aquella inofensiva y quejumbrosa amiga invisible, sino de carne y hueso —de carne doliente, de frágiles huesos sin médula ni sustancia. La enfermedad barrió del mundo a los míos como en un sueño. Asistí a los progresos del mal con indiferencia, como si estuviera preparada para ello desde hacía mucho tiempo o fuera algo que no me concernía. No recuerdo las muertes, sino las enfermedades y lo que se hablaba de ellas a mi alrededor, que era mucho porque siempre alivia tener tema de conversación, y no hay nada mejor que una catástrofe. Se comentaba la aparición y los progresos de las pústulas, que nacían en las ingles y se extendían por el vientre hasta el corazón. Se oían oraciones y conjuros para esto o aquello. Y yo veía pasar por delante de mí orinales, paños manchados de sangre oscura, jeringas, tazones de caldo. Contemplaba el avance de la destrucción en rostros abotargados, hundidos en almohadas cada vez menos limpias. Percibía olores no siempre disimulados por la alhucema y el tomillo que se quemaban en los braseros, ni por los pañuelos empapados en agua de colonia. Todo tenía una misteriosa profundidad, la casa estaba sofocante.

Me traían y llevaban de una estancia a otra familiares y sirvientes sombríos, asombrados, agotados. «La niña que no toque esto», «la niña que no coma lo otro», «hay que alejar de aquí a la niña.» Pero todos estaban tan atareados muriendo o asistiendo a los trabajos de la muerte, que nadie se ocupó de apartarme de aquel foco de infección. Sin embargo, no me contagié, y además aquella fue una época de mucha diversión, porque los espectáculos que se ofrecían a mis sentidos, aunque a veces me aterraban, suscitaban con más fuerza mi interés que mi miedo.

La muerte fue borrándolos a todos y me quedé sola con mis abuelos. Mi abuela era

una mujer hermosísima, entera y suave, dotada de la inmunidad física y espiritual de los santos y las bestias. Difundía en su entorno una dulzura que no sofocaba como la de mi madre, mi joven madre cuyo cadáver me negué a ver porque quería guardar de ella un recuerdo de viva y no de muerta; mejor dicho, porque me asustaba la idea de verla convertida en una ausencia pétrea, o simplemente porque me daba asco y sentía vergüenza por no ser capaz de vencer la repugnancia hacia los despojos de un ser querido. No muy querido, sin embargo: no recuerdo haber amado a mi madre, al menos mientras estuvo viva.

Un reloj dio las últimas campanadas. Las visiones y recuerdos se disiparon como jirones de niebla, dejándome sumida en una melancolía indecible. Afuera llovía sin fuerza, sin convicción. Hasta la lluvia puede ser mediocre. Era hora de volver a mi casa, pero no tenía ganas de abandonar el refugio de aquellos viejos muros y de mi escritorio, ni de cambiar una soledad poblada de fantasmas amables por otra vacía. Permanecí un rato encadenada al viejo sillón de mi abuela, presa de pensamientos sucios y crueles. ¿Por qué universo de espanto estaría navegando Partenio, intubado día y noche, atado de pies y manos a una cama que era como una cruz, sin sus gafas, con los dientes rotos, desnudo y anónimo en aquella sucursal del infierno? ¿Y Gabriel, qué estaría haciendo en ese momento? ¿Arreglando alguna cadera dislocada o tratando de rejuvenecerse junto a Marina en una hamburguesería o en un concierto de rock? ¿Y mi amigo el escultor, el pobre loco, con sus muñecas cortadas y sus vendas amarillentas? Debería haberle llamado, pero me daba una pereza infinita.

8

Una noche llamó él. Noté su voz extraña, muy ronca y lejana, hasta el punto de que me costó un gran esfuerzo entender lo que decía. Quedamos citados para comer al día siguiente.

No avisé a Gabriel de que no comería en casa. ¿Qué más daba? Tampoco él se tomaba la molestia de avisarme cuando no se presentaba a cenar, lo cual era cada vez más frecuente, hasta el punto de que, cuando lo hacía, me sorprendía y era presa de una alegría abyecta, casi infantil, que luego, al tomar conciencia de lo necio de mis sentimientos, se convertía en furor. Me hallaba agobiada y reblandecida y, lo que es peor, me sentía traicionada y, por lo tanto, vulgar.

Ignoro qué era lo que me inducía a estar tan pendiente de él. No era el único hombre del mundo con el que podía cenar y salir y pasar buenos ratos, sí quería. Había amigos que me gustaban, incluso que me gustaban mucho; sin embargo, a él le amaba. Pero, me decía a mí misma tratando de escapar de aquella angustia, siempre le había amado y no por eso había sufrido de ese modo. Sin duda la causa de mi dolor estaba dentro de mí misma y no en las triviales circunstancias del mundo exterior.

Acudí a la cita con retraso porque llovía y no me fue fácil encontrar un taxi libre. Cuando llegué al restaurante, le vi sentado ante una mesa de un rincón poco iluminado. Estaba oculto en la penumbra y sólo le reconocí cuando levantó una mano, que se inundó

de luz, para llamar mi atención. Las manos heridas del artista, pensé, son tan reconocibles como su rostro. Le encontré muy pálido, delgadísimo, con las muñecas todavía vendadas.

Las vendas no estaban nada limpias, lo cual no era de extrañar, porque la pulcritud nunca se contó entre sus virtudes. Como todos los artistas, siempre tenía algo sucio, especialmente las uñas. Pero lo de entonces era distinto, debía de estar cayendo por una pendiente muy inclinada, a juzgar por el descuido de la barba que manchaba sus mejillas y cuello y los puños raídos de su chaqueta, a la que faltaba un par de botones. Me pregunté de qué demonios viviría ahora que, a causa de las heridas de sus muñecas, había perdido la posibilidad de producir y vender sus obras a sus generosos amigos.

Todavía conservo una que le compré por pura solidaridad en una época en que se encontraba sin blanca. Consiste en una especie de pirámide de mármol rosa que ostenta en su pulida superficie unos bultos rojizos, como una piel picada por insectos. Es algo realmente inquietante, tal vez genial pero que no resulta grato de ver. Lleva el previsible título de *Ulceras*.

Cuando los problemas del genio comenzaron a ser el tema de su monólogo, apareció la carne. El la había pedido casi cruda y yo muy hecha. Al servirnos, el camarero se equivocó y puso delante de mi amigo un plato conteniendo una especie de suela chamuscada, mientras que a mí me hizo entrega de un pedazo de animal sangrante. Nos los intercambiamos. Yo atacué con valor mi filete: era mayor mi apetito que su aspecto disuasorio. El escultor se quedó mirando muy serio el que le había correspondido, lo cortó por la mitad y apretó los dos trozos con la hoja del cuchillo y el dorso del tenedor, haciendo brotar un jugo rosa oscuro, que fue recogido inmediatamente con ayuda de una rebanada de pan y engullido. Salvo eso, no comió nada. Bebió, sin embargo, vino tinto en abundancia: dijo que no tenía apetito, pero que lo devoraba la sed.

Sin embargo, daba la impresión de estar hambriento o al menos mal alimentado. La piel de su cara, que nunca fue muy tersa, colgaba flácida y arrugada, como si hubiera perdido mucho peso en poco tiempo. Le brillaban los ojos en el fondo de las cuencas con nuevos fulgores azules muy puros, tal vez por contraste con la opacidad marrón de las ojeras, tan oscuras como cardenales y ribeteadas de rojo en el borde de los párpados, como si hubiera recibido un par de puñetazos. Olía a ropa sucia y a sudor, y, aunque su sudor tenía la misma cualidad que el de Adonis, Alejandro Magno y Gabriel —un fondo perfumado como de especias—, ahora se desprendía de él una nota de corrupción que me asqueaba.

Cuando nos despedimos, algo que brotó de su imagen —un gesto, una mirada, no sé, una especie de destello— me hizo pensar que iba a hacerme alguna confidencia trascendental. Pero no fue así. Agachó la cabeza, dio media vuelta y se perdió entre la gente. Tuve la impresión de que no sabía adonde iba o que, en cualquier caso, nadie le esperaba en ningún sitio. «Como a mí», me dije suspirando, aunque sabía que era mentira. Estuviera donde estuviera, entre los brazos de Marina o devorando kilómetros de autopista con la moto, Gabriel siempre me tenía presente.

Sentí un alivio miserable al quedarme sola, libre de mi amigo, al mismo tiempo que una tristeza impotente al pensar que debía hacer algo por ayudarlo, porque el pobre estaba convirtiéndose ante mis propios ojos en un alma perdida. Era evidente que nadie se

ocupaba de él, que no tenía a nadie que cuidara de su espíritu enfermo, de su salud, que le cambiara las vendas. Pero ser consciente de que la gente se muere de asco alrededor de uno no sirve de gran cosa cuando no se está dispuesto a mover un dedo para remediarlo.

9

Sin ánimos para volver a mi casa ni para salir, a causa del dolor que me producía el comienzo de la menstruación, me entretuve dando vueltas por la vieja casona silenciosa. Conservaba la cualidad de caverna que se había deslizado en mis sueños y dado forma a grandes zonas de mis arquitecturas interiores. La cocina había constituido para mí un ámbito de misterios y delicias, con sus tremendos fogones de carbón, que parecían concebidos para que un ogro guisara a sus víctimas, sin duda niñas como yo. Y había una ogresa, la cocinera Demetria, mole sudorosa y risueña cuya mera presencia alimentaba. Sus creaciones se parecían a ella hasta el punto de que, cuando uno comía un plato preparado por sus manos, era como si participara de su cuerpo y de su alma. Ella era consciente de sus poderes de transubstanciación, y eso la convertía en la criatura más feliz que he conocido. Murió. Ser pasto de gusanos debió de ser para ella la última y gozosa entrega.

Pero lo que convertía aquella cocina en una dependencia de un mundo oscuro y espantoso era que en la alacena solía haber unas bestias hirsutas, chivos negros, cabrones, diablos cuyos ojos ardían en la oscuridad. Yo los contemplaba, hipnotizada, desde el umbral, y el ruido de sus pezuñas en las baldosas del suelo me golpeaba la frente como si volara sobre mi cabeza una caterva de brujas. En realidad, no eran chivos, sino cabritos lechales que aguardaban en las tinieblas el sacrificio. Nunca se realizaba éste en un corral al sol y al aire libre, alegremente, sino en la penumbra, sobre las pilas del fregadero. Yo conocía el ritmo del fluir de la sangre por los mármoles deslucidos al compás del latido de las heridas, y el olor acre de la muerte, y todos los ruidos que coreaban aquellas agonías, las risas y los parloteos de las criadas ajenas a lo que estaban haciendo, que para mí tenía un prestigio que requería silencio. Los dulces ojos de la víctima se tornaban vidriosos hasta cuajarse por efecto del soplo de la muerte, y luego las cuchillas perdían su esplendor de instrumentos de un rito y volvían a ser herramientas que ya sólo hendían carne inerte, pedazos de comida destinados al puchero. La emoción se apagaba en un instante, como en todo gran goce.

Aquella tarde de dolor y hastío, bajé a la despensa de mi infancia con el deseo y el temor de hallar a los chivos diabólicos mirándome desde los rincones con ojos de fuego, como los de la muía que acecha en las profundidades de la alcoba a los durmientes. Pero todo había cambiado sin remedio. La alacena parecía haber encogido y ser más luminosa, y estaba deshabitada. Los espíritus de las bestias de antaño se habían evaporado. Viejas cáscaras secas de naranja y limón colgaban de cuerdecillas como serpentinas de una fiesta antigua e irrecuperable.

Me refugié en la biblioteca de mi abuelo, dejándome caer en uno de los sillones. Me hubiera gustado entretenerme leyendo, pero la idea de realizar el menor esfuerzo mental

me resultaba intolerable. Al cabo de un rato, me puse en pie y di unas vueltas por la habitación, tratando de aliviar la repugnante pesadez dulzona que me bajaba del vientre a las piernas.

Al pasar por delante del nicho del caballo disecado, no sentí el escalofrío que solía producirme su absurda presencia. Por el contrario, asaltada por un capricho súbito, me detuve ante él y le acaricié las crines, evitando la mirada vacía de sus ojos de cristal. Estaban resacas y ásperas como estopa, pero su tacto me gustó y pasé las manos por ellas una y otra vez hasta irritarme la piel de las palmas, dolor delicioso comparado con el otro, el grande. Y la irritación fue creciendo y circulando por las palmas al espíritu hasta el punto de que, envolviéndome los dedos en un grueso mechón, tiré de él con todas mis fuerzas y lo arranqué. Me derrumbé de nuevo en el sillón, con los duros pelos de la bestia en la mano.

Mí cabellera leonina es todo menos sedosa. Siempre he envidiado los cabellos suaves y brillantes de algunas de mis conocidas —iba a escribir amigas, pero en realidad no las tengo ni las he tenido nunca—, comparándolos con los míos, opacos e indomables. Pero los del caballo lo eran más. Me solté el pelo y me lo peiné, extendiéndolo hacia la luz verdosa que entraba por la ventana del jardín de la ninfa y mirándome en un espejo oval de la pared. No estaba mal, después de todo. ¿Perderían la flexibilidad aquellas crenchas si alguien me disecara, sí me viera obligada a pasar más de un siglo en un rincón de una biblioteca, en compañía de tanta sabiduría dormida?, me pregunté en un instante crepuscular, durante el que estuve a punto de perder la noción de las cosas en la quietud de la tarde. Bostecé y me levanté de nuevo. No quería abandonarme al sueño porque sabía que, si lo hacía, iba a pasar una mala noche de insomnio, dolor de entrañas y celos, esperando en vano a Gabriel.

Acaricié distraídamente el escritorio de mi abuelo, cuya suave madera negra tenía un lustre nocturno. Y violé una de las normas de mi abuela: la de no ocupar jamás aquel asiento, que nadie había utilizado desde la muerte de su propietario. Pero también ella estaba muerta ahora, y además en ese momento yo era insensible a cualquier prohibición, porque cuando tengo la menstruación no existe para mí más regla que la de mi sangre de mujer. Comencé a jugar con el deseo de quebrantar otra: la de no abrir los cajones de aquel mueble bajo ningún pretexto. Y aunque me costó vencer algún escrúpulo, acabé abriendo el primero de los que flanqueaban las patas de la mesa.

Esperaba encontrarlo vacío, pero ante mi sorpresa vi brillar en su fondo unos objetos de aspecto tentador. El mayor era una cajita de plata junto a la que yacía una joya antigua y oscura, que cogí recreándome en el placer que me producía aquella conducta vil de sirvienta fisgona. Era un collar de cuentas de azabache, cuyo pinjante en forma de corazón consistía en un enorme granate rodeado de rubíes; ciertamente, una alhaja extraña, que parecía fabricada con gemas arrancadas de la entraña más remota de la tierra para alguna diosa infernal. Me apropié de ella porque me hizo recordar un sombrío amor de mi juventud: el del amante que me regaló el gusto por las piedras sangrientas y la carne quemada.

Luego tomé la cajita de plata, que era alargada y de bordes curvos y suaves. Me pareció un trabajo delicado, aunque se trataba de un objeto vulgar, como los que usaban

antes los practicantes para guardar las jeringuillas, en cuya tapa hacían arder el alcohol para hervirlas. Un ruido seco y un rodar de objetos pequeños y duros me informaron antes de abrirla de que estaba vacía. Pero no reconocí de inmediato su contenido y hube de volcarlo sobre la carpeta de cuero de la mesa para percatarme de su naturaleza. Eran dientes humanos: incisivos, muelas, colmillos, una dentadura completa. No faltaba una sola pieza y todas eran perfectas. Su marfil, ligeramente amarillo, brillaba con el oriente apagado de las perlas enfermas. Me entretuve ordenándolas con arreglo a las mías, comprobando su disposición en mi boca con la punta de los dedos y de la lengua. Aquella ocupación hizo que olvidara mis dolores y que mi hastío desapareciera. Y pronto tuve ante mí dos sartas espléndidas. Les di una ligera inclinación hacia arriba en los bordes, hasta formar una especie de sonrisa. Los caninos, largos y afilados, ponían en ella una nota de ferocidad casi imperceptible —pero yo en aquella tarde honda y amarga veía muchas cosas, todos mis sentidos estaban exasperados; y las que no veía, podía imaginarlas sin esfuerzo, especialmente si eran sucias. La sonrisa constituida sólo por dientes tenía una misteriosa semejanza con el esplendor de la joya oscura.

Luego abrí el cajón de la derecha. Una trenza descansaba directamente sobre la madera negra, como una serpiente dormida. La saqué. Era gruesa, pelirroja, tan larga que debió de llegarle a las caderas a la mujer a quien perteneció. Tenía un aroma rico y sutil, que temí hacer desaparecer si lo aspiraba; pero acabé hundiendo el rostro en ella hasta embriagarme. Sus dos extremos estaban atados con cordones de oro rosado como el cobre, que casi se confundía con el color de los cabellos. Estos no parecían cortados sino arrancados, pues conservaban una punta blanquecina que debió de ser la raíz. ¿Estaría viva o muerta la mujer cuando sucedió? Acaso se los había arrancado ella misma como ofrenda o para castigarse, pensé en la frontera del delirio.

Traté de imaginar el color de sus ojos, pero mi fantasía sólo pudo vislumbrar un rostro blanco, crispado, de boca curvada en una sonrisa fría. Sus caninos eran largos y tenían un fulgor apagado, como los que había encontrado en la cajita. Un aura de maldad rodeaba la visión, de la que emanaban, como de un pebetero, vaharadas de desolación, de amargura, de crueldad y de ignorancia. Oí de nuevo el lamento que me recordaba a la Moribunda de mi infancia, y el dolor regresó a mi vientre, mordiéndome las entrañas hasta cortarme el aliento. Pero era feliz. Me hallaba en un mundo mío, en el que nada podía dañar mi espíritu y a cuyas seducciones podía sucumbir sin riesgos. Aquella casa era mi santuario, sus fetiches me pertenecían. Las visiones de antaño también eran mías, y los fantasmas, cada objeto y lo que éstos me restituían de un pasado fabuloso donde todo poseía la perfección de lo improbable. No era nostalgia de mi propio pasado —sentimiento que me repugna—, sino un deseo espléndido que tenía por objeto una remota edad de oro.

El tercer cajón estaba vacío. Servía de panteón desmesurado de un par de diminutas cáscaras de insectos. No podía ver sus profundidades, pero no hubiera metido la mano en él por nada del mundo. Debí abandonar entonces aquella búsqueda sin sentido; tal vez habría sido preferible ignorar el contenido del cuarto cajón. Pero no lo hice, también lo abrí. Allí se hallaba el castigo y el premio a las violaciones de la intimidad de los muertos.

En mi última visita a mi maestro en el hospital, hallé a su hermana literalmente pegada al cristal de la pecera de la unidad de reanimación, contemplando alelada la desintubación del enfermo. Los médicos habían decidido desenchufarlo y mandarlo a casa, porque ya no podían hacer nada por él. La pobre señora estaba aterrada; sólo se calmó cuando apunté la posibilidad de proporcionarle una enfermera que le cuidara durante lo que le quedara de vida. A ella, en su atolondramiento, no se le había ocurrido buscar esa clase de ayuda.

Cerca de nosotras, recostado en una pilastra y mirando también, aunque con cierta displicencia, la liberación de Partenio de tubos y correas, había un joven guapo, vestido con una camisa violeta y unos pantalones vaqueros muy ceñidos, decolorados con láser. Yo no le conocía ni ella me lo presentó, pero era evidente que la acompañaba, porque cuando Partenio fue bajado en una camilla hasta la ambulancia que debía llevarlo a casa, nos siguió. Luego se despidió de ella con palabras y gestos muy amanerados; a mí fingió ignorarme, pero me midió de arriba abajo con una mirada que me resultó odiosa.

Seguí a la ambulancia en un taxi, pensando que tal vez mi presencia sería útil para instalar a mi maestro, si es que sobrevivía al viaje.

Sobrevivió. Como la camilla no cabía en el ascensor, los enfermeros tuvieron que subirlo al octavo piso a pulso, jadeando y resoplando como si cargaran con un piano. Cuando estuvo cómodamente acostado en su cama, llamé por teléfono a una enfermera amiga de Gabriel que hacía horas extras cuidando enfermos a domicilio, y me dispuse a acompañar a la hermana hasta que llegara. Fue ella quien me habló del muchacho de los vaqueros, al principio con mucha serenidad y luego entre sollozos que me hicieron temer que fuera a darle un ataque de nervios. Se trataba del último amorío de Partenio. «Qué vergüenza, Señor; qué vergüenza», exclamaba a cada frase, como un estribillo. Había tenido que pagarle ella, sí, ella misma, qué vergüenza, para conseguir que le hiciera algunas visitas en el hospital y hablara con él por el interfono. «Pero», dije yo, «sí Partenio no había vuelto en sí desde que le internaron, si ni siquiera había abierto los ojos, según decían los médicos y las enfermeras, si no dio señales de percibir mi presencia cuando entré en la pecera a verle.» Sí, pero ella había tratado de agotar todas las posibilidades de que su hermano se sintiera acompañado por seres queridos, aunque fueran de aquella ralea, qué vergüenza, Dios mío. Que al menos viera al muchacho si abría los ojos. Que supiera que no estaba solo.

Mucho «Dios mío» y mucha «vergüenza», pero aquella solterona bien pensante, de pelo azul y llena de pulseras, que fingía asustarse por todo, no había dudado en pagar al chaperó de su hermano para procurar a éste algún placer, siquiera el de una mirada o una palabra. Las mujeres son heroicas. Tan naturales. A menudo las adoro. Me contó lo que había supuesto para ella tener al muchacho en casa durante los meses que procedieron a la enfermedad de Partenio. Porque se había ido a vivir con ellos, sí señora, por las buenas, abusando de la generosidad y de la debilidad —recalcó mucho esto— de su protector. «Qué escándalo», suspiró.

Pero la que estaba realmente escandalizada era yo. ¿Cómo podía haberse enamorado mí maestro de semejante buscavidas hasta el punto de imponer su presencia a su hermana? Aunque, no, su hermana no contaba para mí, como no había contado para él. Lo que yo sentía no era simpatía hacia el sufrimiento de ella, sino celos, unos celos nobles que, contrariamente a lo que me ocurría en el caso de Gabriel, no me avergonzaban. Durante la temporada a la que ella había aludido, antes de la enfermedad, Partenio no me había hecho el menor caso, no me había invitado ni una sola vez a comer en su casa como tenía por costumbre, apenas me había dado oportunidad de verle en la facultad. Yo entonces ignoraba la razón, pero ahora estaba claro... ¡Dedicaba todo su tiempo, sus atenciones a aquel, aquel...! ¡Con lo que había necesitado yo sus consejos y su ayuda para el artículo que estaba escribiendo y para tantas otras cosas!

No me cabe duda de que su hermana me leyó el pensamiento, como sólo sabemos hacer las mujeres, porque dejó de sentir lástima hacia sí misma y me la trasladó a mí. «Fíjese», dijo, «con la de amistades mucho más decentes y a su altura que tiene, como usted, por ejemplo. El la aprecia mucho, hija, ha habido temporadas en las que no se le caía su nombre de la boca. Pero últimamente sólo tenía en la cabeza a ese degenerado maricón, que Dios me perdone.»

Hurgaba en mi herida de un modo desvergonzado, sabiendo el daño que me hacía. Se estaba vengando de los muchos años durante los cuales yo fui para Partenio la única mujer que estaba a su altura en ciertos aspectos. También ella había sentido y seguía sintiendo celos, los celos devoradores, los celos absurdos que anidan en los sótanos del alma.

Nos hallábamos tomando el té en una mesita situada entre la cama de Partenio y el balcón. De haber estado menos destrozado, podría haber oído perfectamente nuestra conversación —tal vez lo hacía—, y de hecho yo procuraba hablar en voz baja; pero su hermana lo hacía sin tantos miramientos, casi a gritos. Llegó un momento en que sentí deseos de decirle que se callara de una vez, que pusiera fin a aquella cantilena obscena. No lo hice, claro. Y además presté mucha atención, una atención ávida, de arpía, a las atrocidades que me fue contando con femenino impudor. Durante aquella charla, mientras esperábamos a la enfermera, me enteré de más cosas sobre la vida y costumbres de mi maestro que en los años y años de conversaciones mantenidas con él dentro y fuera de la universidad. Detalles impuros en su mayoría, desgranados con total falta de prejuicios por aquella dama escrupulosa y elegante. La llegada de la enfermera supuso un cierto alivio para mí y casi una molestia para ella, porque vino a interrumpir un flujo de confesiones que estaban produciéndole placer o al menos un profundo alivio.

Al salir, no regresé a casa. Me dirigí a unos grandes almacenes, donde compré comida para la gata.

En el cuarto cajón del escritorio de mí abuelo encontré un paquete de cartas atado con una cinta roja. Los sobres habían sido de un rosa intenso, a juzgar por los restos de

color que conservaban. La tinta se había vuelto marrón con el tiempo, ennobleciendo la vulgaridad de la letra. La ausencia de sellos me hizo pensar que habían sido entregadas en mano. Todas eran de la misma persona, que se firmaba Dolores, e iban dirigidas a mi abuelo. A esas alturas, lo que quedaba de mis escrúpulos ante la intimidad ajena se había evaporado; las leí ávidamente a la luz amarillenta de la lámpara del escritorio.

El tiempo que invertí en leerlas es como un paréntesis o una burbuja en mí vida real, porque me vi transportada a una época en la que yo todavía no existía, pero a la que podía trasladarme por la magia de la palabra. Un mundo extraño se abrió ante mí una vez más; el del amor y sus turbulencias, el de la fragilidad de los mitos que más amaba. De modo que el abuelo había estado engañando a la abuela durante años con aquella Dolores que escribía, con letra redonda e infantil, protestas de amor mezcladas con peticiones de favores y dinero; que amenazaba, que halagaba, que suplicaba, que, en suma, era adorable porque decía adorar. ¿La bella pelirroja de los dientes como perlas que encontré en los otros cajones?

De mí abuela conservo una imagen nítida, tanto física como moral, pero de mi abuelo sólo recuerdo su áspero puritanismo, sus dedos manchados de nicotina, sus mostachos y su afición a los mapas antiguos. Sé que amaba a mi abuela, o al menos que era incapaz de vivir sin ella, y que mi abuela le amaba a él: a decir verdad, nunca he conocido una pareja que se amara tanto. Sin embargo, aquel recto caballero había necesitado a Dolores para sentirse libre. O tal vez mi abuela y él fingían amarse por guardar las apariencias, y el verdadero amor fue Dolores. Quizá mi abuela me engañaba exhibiendo ante mi mirada ingenua los signos de una felicidad inexistente.

La última carta era terrible. Dolores decía estar desesperada y anunciaba su suicidio, acusando a mi abuelo de «injusticias» y de no cumplir sus «compromisos». Bajo una retórica de folletín se adivinaba un dolor auténtico, aunque no lo bastante profundo como para conducir a la muerte. Es de suponer que no cumplió su amenaza de quitarse la vida y que la historia naufragó en las aguas turbias de la cotidianidad.

Se expresaba por escrito de una forma patéticamente convencional, relamida y torpe, que sin duda horrorizaba a un purista de la lengua como mi abuelo, pero debía de haber algo especial en su persona, algún encanto poderoso. De lo contrario, él no hubiera conservado en su mesa de trabajo —mueble y lugar que prefería sobre todos los de la casa, incluido el espléndido lecho de caoba—, sus dientes, su trenza y su joya oscura como reliquias. Mi abuela pudo haberse desprendido de ellas cuando él murió, pero las respetó y en cierto modo me las había regalado. Sin duda previo que, tarde o temprano, acabaría por descubrirlas; incluso añadió una prohibición para estimular mi curiosidad.

Del paquete se deslizó un grabado, que cayó en la alfombra boca abajo. Lo recogí y lo contemplé largo rato fascinada. Todavía lo conservo, y en este momento lo tengo ante mi vista. Representa una escena oscura y espantosa. Una negra corriente donde flotan cadáveres hinchados. Se aproxima una barca saliendo de la niebla. Los muertos, pálidos, intentan abordarla, subirse a ella, pero el barquero les golpea brutalmente con el remo, volviendo a hundirlos en el fango. Son muertos que no pagaron su óbolo y no tienen derecho a cruzar al otro lado: permanecerán para siempre en ese caldo sabático, que debe de oler a cloaca. En las rocas de la orilla hay una muchacha inclinada sobre una cesta. Sus

miembros son tan blancos y delicados, su movimiento tan gracioso, que su contemplación distrae de la tragedia de los muertos insolventes. La deliciosa criatura está llorando mientras realiza su trabajo misterioso. Bajo los pesados párpados, los ojos dejan escapar lágrimas. Al parecer, la suya es una situación infinitamente peor que la de aquellos que nunca alcanzarán la barca.

¿Qué hacía esta visión dantesca entre una correspondencia tan trivial? Parecía como si una tercera persona la hubiera introducido insidiosamente a modo de advertencia o de mensaje cifrado. No fui capaz de comprenderlo, pero en mi imaginación se superpusieron, como muñecas recortadas en una misma tira de papel, la joven de la cesta, Dolores y la Moribunda, nuestro espíritu familiar. Y dejándome llevar por la fantasía de que las tres eran una sola, cerré los ojos y la vi secándose el pelo al sol en una terraza con muchos tiestos de geranios blancos y sangrientos y morados. Las trenzas deshechas caían en mechones ondulados sobre el peinador de encaje. Parecían oscuras por estar mojadas, pero luego se iban aclarando al secarse hasta dar la impresión de estar salpicadas de chispas de oro. Mientras, ella jugaba con un gato, al que sonreía mostrándole los colmillos, semejantes a los del tierno animal.

12

Había estado toda la tarde analizando unas insidiosas coplas populares aparecidas a la muerte de mi Papa renacentista, y me hallaba exhausta y con los nervios en tensión.

Se acercaba la noche. La campana del reloj de la torre tenía un sonido extraño: se diría que a partir de las siete se volvía caprichosa, melancólica, como si le incomodara marcar más allá del número mágico. Tal vez la rutina de dar cuenta del tiempo hora tras hora, día tras día, un año y otro, siglos, le producía fatiga y hastío, y protestaba enlutando la voz sobre la ciudad. O puede que, al desaparecer el sol, el frío afectara a su timbre. Sea como fuere, las lentas campanadas de las ocho sonaron a muerte.

Encendí la lámpara del escritorio, banco de la galera inmisericorde que me arrastraba por el océano de los recuerdos y del ensueño. Me velaba ya las páginas la penumbra cenicienta del crepúsculo. La candidez del papel y la negrura de la tinta habían ido perdiendo contraste, fundidas en un gris cada vez más sucio. La luz dorada del sol que moría se reflejó un momento en el cristal de la ventana como en un agua profunda, gélida. Oro líquido, apenas palpitante. Pensé en el grueso cadáver del Papa corrompiéndose bajo los oros y las púrpuras, y entonces un sentimiento angustioso me aplastó en el sillón. Me oprimí los ojos con las puntas de los dedos, incapaz de seguir escribiendo y al mismo tiempo resistiéndome a las imágenes que me asaltaban. Pero luego cedí y permití que se desplegara ante mi vista, como un tapiz de figuras lejanas, una escena sombría en la que algunos objetos centelleaban.

Bóvedas azules y doradas, lámparas como piedras preciosas, como estrellas. El maestro de ceremonias ha hecho desalojar de la estancia a la turba de clérigos y ha llamado a los barberos. El cuerpo del pontífice, trabajado durante semanas por la enfermedad, está hinchado, esponjoso. Lo lavan, lo rasuran, peinan sus cabellos de plata y

lo depositan ceremoniosamente sobre una mesa cubierta con gruesos paños blancos, cuyas cenefas ostentan, bordados con hilo púrpura, toros y lirios.

Desaparecen, silenciosos, los barberos. Los pajes retiran barreños y palanganas llenos de agua sucia. Se barre el vello que ha caído sobre las alfombras, magnífico regalo de un sultán. Entran los cirujanos y el embalsamados El cadáver es abierto por mano experta, que extrae, negras y cuajadas de úlceras, las entrañas. Después de lavarlas, las introducen en una caja de cristal que contiene alcoholes y perfumes, que a su vez se guarda en otra de plomo, y la de plomo en una de madera forrada de damasco, y la de madera en un cofre de marfil en la que sabias manos bizantinas tallaron escenas de la Pasión. No se respeta la última voluntad del difunto, expresada entre estertores antes de morir, de que su corazón se parta en dos pedazos y se entreguen a sus dos hijos favoritos.

El maestro de ceremonias, un alemán pálido y arrugado, que domina hasta un grado sublime su oficio a la vez pesadísimo y sutil, asiste impasible a todo, dirigiéndolo eficazmente, sin un titubeo. Sus ojos de buitre recorren el cuerpo y se detienen, brillando diamantinos, en los genitales del muerto. Y recuerda el día de la coronación, cuando el cardenal de Siena, claro y ceremonioso varón, tocó los testículos pontificios discretamente con su mano erudita para comprobar y dar fe ante la cristiandad de la virilidad que el Santo Padre debe poseer inexcusablemente. Ahora esa virilidad será pasto de gusanos o, con más seguridad, se secará después de la corrupción y quedará convertida en un pingo de mojava antes de deshacerse en polvo.

Más que una reflexión del maestro de ceremonias, esto parece una ráfaga de luna traída hasta mí desde el lado oscuro de esta historia, que está pugnando por hacer una eclosión majestuosamente lúgubre. Luna, luna, color de aceituna, luna blanca como la nata, luna sobre la laguna. Todo libro es como la luna, sólo se ve una de sus caras: la peor.

El maestro de ceremonias piensa, pero no habla. Ha comenzado a dirigir la operación de vestir el cadáver y lo hace sin que un solo músculo de su rostro revele la menor emoción. Hay que disfrazar el horror bajo las sedas y los oros y las gemas, las enormes y turbias gemas de facetas caprichosas, talladas brutalmente.

¿De dónde me venían esos recuerdos falsos, esas imágenes perversas? ¿De qué rincón del alma? De ninguno, evidentemente. Eran cosas del potasio y los humores, y cambiaban según el color de las píldoras que me recetaba el neurólogo. Sufría porque me eran ajenas, pero en lo más profundo sentía el consuelo de pensar que con mi dolor, como con un hilo precioso, tal vez sería capaz de tejer algún día un velo con el que cubrir las paredes grises del tiempo.

Tras haber cobrado fuerzas con aquel ligero sueño, sacudí la cabeza como el que emerge de un estanque sombrío bajo el fulgor del astro de la noche, disponiéndome a continuar con mi trabajo, mientras el reloj de la torre entonaba de nuevo su inútil recordatorio de la muerte. Pero he aquí que por la ventana abierta penetró de nuevo el sueño, bajo la forma de una vaharada de jazmines, y supe que si seguía allí acabaría dormida de nuevo. Bostecé, desconecté la máquina de escribir, puse un poco de orden en mis notas y volví a casa.

Gabriel no había regresado. Habría cenado fuera con Marina, pensé, y luego estarían de bar en bar hasta las tantas de la madrugada. Me preparé un sandwich y encendí el

televisor. En ese momento llegó él. Llenándome de besos, me entregó un paquete. Era un libro que sabía que me interesaba y que llevaba mucho tiempo buscando infructuosamente. También él se preparó algo y se sentó a mi lado en el sofá, pasándome un brazo por los hombros. Feliz de tenerle con nosotras, la gata saltó a su regazo y se acomodó sobre su pecho, haciéndole mil arrumacos. Yo también debería haberme sentido feliz; de hecho, lo era: no había nada que lo impidiera, realmente. Pero, ¿lo era de verdad?

Me dije que, ya que Gabriel estaba en casa, lo más sensato era disfrutar de su compañía, pero el agotamiento me mantenía indiferente. Y quizá también cierta rabia. ¿Por qué no está conmigo otras noches, me preguntaba, las noches en que no me encuentro cansada y podría brillar para él y contarle cosas divertidas y corresponder a su amor, el amor que ese día emanaba de él como un perfume? Iba sintiéndome irritada por momentos y casi echaba de menos mis veladas solitarias.

No tardé en darle un beso de despedida, encerrándome luego en el cuarto de baño a prodigar a mi cutis los inútiles cuidados a los que le tengo acostumbrado. Y mientras retiraba la crema limpiadora con un tónico rosado que olía a lilas, acudieron a mi memoria las cartas de la amante de mi abuelo y las confidencias de la hermana de Partenio. Yo era como ellas, fría e impura, pero también inocente y cálida y ávida, desesperadamente amorosa, como las madres que devoran a sus hijos, como las hembras que destrozan a sus machos.

El frasco del tónico se me escurrió entre las manos y cayó con estrépito al lavabo, en cuyo esmalte blanco abrió una grieta que al principio tomé por uno de mis largos cabellos. Gabriel, Gabriel, ¿qué será de nosotros si empiezo a sentirte como a un extraño?, pensé. El cristal resistió más: el frasco no se rompió. Miré indiferente la pequeña corriente de líquido rosa que salía de su cuello abierto. El aroma de las lilas llegaba hasta mí, haciéndome estornudar.

Extendí sobre mi rostro una capa de crema nutritiva de liposomas y me di un masaje lento y cuidadoso, cuya técnica me había enseñado la esteticista que cuida de mi cuerpo: en círculo alrededor de los ojos, con movimientos ascendentes desde la barbilla hasta los pómulos, y golpecitos en los párpados inferiores para evitar ojeras y prevenir las acumulaciones de grasa. Al menos, cuando llegara a vieja mis arrugas tendrían buen aspecto.

Antes de apagar la luz de la mesilla de noche, hojeé el periódico en busca de la cartelera de espectáculos. Un titular de la página de sucesos me llamó la atención; mejor dicho, me dejó atónita. VAMPIRO ASALTA BANCO DE SANGRE. Encendí el último cigarrillo del día y leí la columna. El periodista, dotado de un discutible sentido del humor, informaba de que en el banco de sangre de Maternidad habían sido hallados varios frascos vacíos y otros volcados en sus estantes, sin que nadie hubiera podido dar la menor explicación sobre la causa. Terminaba preguntándose si no habría «vampiros entre nosotros». Suspiré de fastidio, arrojé el periódico al suelo y apagué la luz.

Pero tardé mucho en dormirme. Cuando Gabriel se acostó, algo más tarde, adiviné todos sus movimientos en la oscuridad y sentí su cuerpo meterse en la cama, y el beso ligerísimo, para no despertarme, que me dio en el pelo. Entonces, como si hubiera sido derramado en mi alma un elixir benéfico, fui perdiéndome en una nube y comencé a soñar

incluso antes de quedarme dormida. Feliz. Siempre me tranquilizaba su compañía para atravesar el caos de la noche; la frágil barca del lecho resistía mejor los embates del oleaje con el peso de los dos que sólo con el mío.

13

Me había quedado hasta muy tarde repasando las notas de mi artículo, aunque al día siguiente debía madrugar. Las pocas horas que permanecí en la cama —sola, porque Gabriel me dio una excusa, falsa a todas luces, y no vino esa noche—, dormí muy mal y fui presa de una pesadilla. Un gran murciélago, del que sólo me separaba un cristal, pugnaba por atravesarlo y llegar hasta mí. Yo estaba paralizada, pero al mismo tiempo sentía en mi cuerpo, como si fueran míos, los esfuerzos desesperados del animal, su choque contra la barrera invisible, su dolor, su impotencia. Usted no traga. Las embestidas dejaban en el vidrio manchas de sangre, de las que se escurrían largas gotas rojas. Yo las anhelaba, sentía la necesidad de beberías, pero del mismo modo que el animal no podía llegar a mí, tampoco yo podía atravesar el cristal para acceder a su mundo. Me desperté agotada, dolorida, tiritando de frío y de nerviosismo.

Una mirada al despertador me aterrorizó. No había sonado, o yo no lo había oído, y marcaba una hora muy avanzada. Debía volar si quería llegar puntual al trabajo. Aunque no se me exigía una puntualidad estricta, ni siquiera la observación de un horario concreto, la idea de retrasarme me mortificaba. En la calle, busqué un taxi bajo la lluvia, mientras el agua me empapaba y un sudor de ansiedad me corría por la espalda. Por fin logré atrapar uno, poniéndome en peligro de que me atropellaran los otros vehículos. Me dejé caer en el asiento con un profundo suspiro de alivio y mirando el reloj. Llegaría.

Sin un titubeo y antes de darme tiempo a abrir la boca para decir una sola palabra, el taxista me preguntó si íbamos al hospital. «No, señor: a la calle del Patriarca», dije, y le pregunté a mi vez alegremente por qué había dicho lo del hospital. No sabía, se lo había parecido. Pero, ¿por qué? No sabía. Estaba a punto de hacerle una observación jocosa sobre el mal agüero de sus palabras, cuando el energúmeno añadió con la misma voz ausente que, de todos modos, no tardaría en tener que ir allí.

Hay muchísimos taxistas chiflados, lo sé por experiencia, pero lo raro de aquél era que no correspondía al arquetipo. Por el contrario, parecía completamente en sus cabales. Eso era lo más siniestro. Empecé a sentir ciego desasosiego, así que decidí no continuar aquella conversación absurda y refugiarme en el silencio. Entonces se lanzó a explicarme que había estado de guardia toda la noche y que antes de volver a su casa debía comprar un par de botellas de leche o, de lo contrario, tendría lugar una catástrofe doméstica. Estuvo mucho rato dándome la lata con el dichoso asunto de las botellas. Pero luego, mientras nos hallábamos presos en un atasco de tráfico bajo una lluvia cada vez más fuerte, cambió de tema. Señalándome una furgoneta negra parada a nuestra izquierda, dijo que pertenecía a una empresa de pompas fúnebres y ponderó lo mucho que ganaba aquella gente. «No tiene usted ni idea.» «Claro, como todos acabamos muñéndonos», dije, e inmediatamente me sentí incómoda, como siempre que digo una majadería. El meneó la

cabeza afirmativamente, con la seriedad de los filósofos pardos, y continuó su monólogo.

Estaba muy bien informado, porque tenía un pariente que trabajaba en eso. ¿Sabía yo por ejemplo cuánto cobraban aquellos tíos por afeitar a un muerto? «Ni idea.» «Seis mil.» «Uy, qué barbaridad.» «Pues sí, como lo oye. Claro que no todo el mundo hace afeitar a sus difuntos. Y es un arte, ¿eh? Los afeitan con una navajas especiales, de dos o tres clases diferentes; porque afeitar a un fiambre es delicado, ya sabe: al menor corte», pareció dudar de las consecuencias de esta eventualidad, pero finalmente halló algo grandioso, «al menor corte, zas, empieza a salir sangre y más sangre, una porquería, y los parientes se quejan y con razón, y no pagan.»

No me convenció el detalle de las cataratas de sangre post mortem, pero le animé a continuar con un «no me diga» que, dadas las características del personaje, resultaba innecesario. «Yo podría estar ganando mucho con ellos», dijo refiriéndose no sé si a los de las pompas fúnebres o a los cadáveres, «pero no tengo estómago». Y eso que había probado, pero no aguantó ni dos meses aunque ni los tocaba, sólo estaba de vigilante. «Trabajo fácil, vigilar fiambres, jua, jua.» Lo que no podía soportar era el hedor; no dijo hedor, sino pestazo, «porque mire usted que huelen, ¿eh?». Su primo le decía que volviera, que ganaría más que con el taxi. Para él era fácil decirlo, porque no tenía olfato. Como lo oía: su primo carecía de sentido del olfato desde que nació, no era capaz de distinguir el olor de una rosa del de una mierda de vaca, con perdón. Antes había trabajado en el depósito de cadáveres de la Facultad de Medicina, «¿y qué diría usted que le pasó una vez? Pues que se le olvidó fuera del frigorífico, durante dos semanas de julio, un niño muerto, y ni se enteró. Le despidieron por eso. Hay gente muy delicada».

Su primo no tenía olfato, y eso casi siempre era bueno para el negocio, y él no tenía estómago para los pestazos; eso era fatal. Pero para otras cosas sí lo tenía, «porque para ser taxista hay que echarle valor y tragaderas, no vaya usted a creer, en un taxi se ve de todo. Los turnos de noche, cosa fina». Esa misma madrugada un fulano le había pedido que le llevara al cementerio. «¿A qué demonios querría ir aquel hombre al cementerio antes del amanecer y en un día como ése? Pues nada, quien paga manda; al cementerio. Y el tío venga a meter prisa, que si eche usted por aquí, que si adelante por allá, como si llegara tarde a algo. Seguro que el difunto al que iba a visitar no le esperaría si se retrasaba, jua, jua. ¡Hay que joderse, cómo está el personal!»

Interesada ya por sus historias, aunque no me resultaba simpática su forma de expresarse, apunté la posibilidad de que aquel cliente trabajara en el cementerio, pero mi hipótesis no tuvo el menor éxito, porque el taxista estaba convencido de que el individuo no trabajaba ni en el cementerio ni en ningún otro sitio.

«No tenía pinta, ése. Estaba blanco como el papel, flaco, hecho polvo y vestido como un pordiosero, y cuando pagó dejó ver una muñeca envuelta en una venda sucia. Un drogado o algo peor, enfermo de eso de los maricones.» No tenía costumbre de coger a tipos raros, pero como se estaba haciendo de día había bajado la guardia. Además, le había dado lástima verle empapándose bajo la lluvia como un perro. «Bueno, el caso es que llegamos ante la entrada principal del jodido cementerio, que estaba cerrado a cal y canto, a ver, a esas horas ya me dirá usted. Y el hombre paga, sale del coche, se dirige hacia la puerta y en un momento en que me despisto guardando el cambio, desaparece delante de

mis narices como si se le hubiera tragado la tierra. ¿Qué le parece a usted, señora?» Entretenidos con aquella charla, y con el taxímetro marcando una cifra astronómica, llegamos a mi destino. Seguía lloviendo, pero ahora con menos fuerza. Cuando estaba cerrando la portezuela, el hombre sacó la cabeza por la ventanilla y me preguntó sin mirarme si iba al médico. Algo irritada, respondí que no; pero él, encogiéndose de hombros, repitió que no tardaría en tener que ir al hospital. La estúpida predicción me tuvo de mal humor toda la mañana, impidiéndome concentrarme en mi trabajo. Y, por si fuera poco, mi amigo el escultor me llamó para decirme que quería hablar conmigo en mi casa. No pude negarme. Además, como seguramente Gabriel no vendría a cenar, me haría compañía.

Su voz sonaba desesperada al otro lado del hilo, envuelta en unos extraños chapoteos que se oían muy cerca del auricular. Como si tuviera un besugo vivo en un barreño. Cuando yo era niña, comprábamos besugos vivos y los teníamos en un barreño con agua y sal hasta que llegaba el momento de meterlos en el horno. Asados vivos estaban más sabrosos.

Acudió a la cita a medianoche, cuando yo, pensando que ya no acudiría, estaba a punto de irme a la cama. Se mostraba tan taciturno que no tardé en sentirme incómoda, a punto de empezar a hablar del tiempo o de las últimas exposiciones o de lo que estaba escribiendo, cosa que odio. Como último recurso para tratar de animar la velada, saqué una barrita de hachís de una caja de oro y nácar que me había regalado Gabriel en nuestro aniversario, y empecé a liar un cigarrillo con tabaco rubio generosamente aromatizado con la resina, a ver si alucinando un poco hallábamos tema de conversación. Porque mi amigo no hablaba ni siquiera de su genio. Se limitaba a permanecer en silencio, aplastado en un sillón mirando un punto fijo de la alfombra. Le hubiera ofrecido cambiarle las vendas de las muñecas, que estaban alcanzando un grado de suciedad francamente intolerable, pero no quise herir su orgullo. Mejor dicho, me daba asco. Todo lo enfermo y sucio me da asco.

Sonó el teléfono. Como él lo tenía al alcance de la mano, le indiqué con un gesto que lo cogiera. «No, no soy Gabi», dijo con voz neutra, «me parece que se equivoca usted de número. Que se equivoca. Bueno, espere.»

Me tendió el auricular. Mi «diga*» debió de sonar siniestro, porque produjo el doble efecto de provocar un respingo en mí amigo, y en Marina el reflejo de colgar inmediatamente. «Vaya», me dije, «esta noche el imprevisible Gabi ha dejado plantada a esa gansa, y ella trata de controlar sus movimientos.»

El escultor no quiso fumar conmigo; dijo que tenía un poco de bronquitis. La cantidad de hierba que había puesto en el cigarrillo era para dos, pero me lo fumé sola, a la salud de los grandes genios de la escultura, y de Gabriel, de Marina, de Partenio y de cuantos, de una manera o de otra, estaban amargándome la vida. En seguida el silencio dejó de resultarme molesto y ya no me preocupé por llenarlo de palabras vanas, sino que, echada en el sofá, me dejé acunar por el ronroneo de la gata, que se había acomodado en mi regazo.

Fue entonces cuando mi amigo tuvo a bien hablar. Estuvo haciéndolo durante un espacio de tiempo que, dilatado por la droga, me pareció una eternidad. Oía su murmullo apagado como por la interposición de gruesos cortinajes de terciopelo. Su discurso se

elevaba, como era habitual, pero no a alturas melodramáticas, sino a unas cimas desconocidas, que daban vértigo. También yo ascendía, en alas de la hierba, hasta regiones en las que las enormidades que él estaba diciendo eran no sólo comprensibles, sino que se admitían sin resistencia. Era normal que una persona que se había quitado la vida abriéndose las venas en una bañera el jueves, y que el sábado estaba de regreso sabe Dios de dónde, sintiera la necesidad de incorporar algo de sangre a su maquinaria aberrante. Y que prefiriera descansar de día y salir de noche, cuando todo es más suave y tolerable", a buscar el sustento entre las sombras, bajo la luna y las estrellas.

Pero las agudezas de imagen y sentimiento provocadas por el hachís empezaron a dejar paso lentamente a una modorra que fue convirtiéndose en disolución de mi conciencia en un sueño negro. Cuando desperté, mi amigo se había ido. Estaba amaneciendo. Apoyándome en los muebles para no caerme, me dirigí al dormitorio. Apenas me hube metido en la cama y apagado la luz, oí abrirse la puerta. Los labios de Gabriel se posaron en los míos dejándome un repugnante olor a ginebra. «Te ha llamado la chica ésa», murmuré malévolamente. «Anda, no te preocupes por nada y duérmete, cariño», susurró él con ternura, mientras se desnudaba sin encender la luz para no molestarme. Estaba un poco borracho, y me dio lástima, porque intuía vagamente que el mundo en que estaba moviéndose no era digno de él. Pero también pensé que tal vez ese era precisamente su mundo, el que le convenía, en cuyo caso iba a tener que dejar que siguiera su camino. Al fin y al cabo, dado el estado de las cosas, su amor no me servía de mucho.

14

Me había atascado en el final del artículo sobre el pontífice. Conocía todos los detalles de lo que debía escribir, tenía completa la bibliografía y la documentación, pero no avanzaba. Era como si me resistiera a terminarlo, o puede que me sintiera bloqueada por el hecho de que su muerte suscitaba en mí unos espantos cuyo origen desconozco, pero que me asaltaban cada vez que me ponía a trabajar, dejándome sin fuerzas para cuanto no fuera reconstruir las cosas a mi modo.

Asistía en mi imaginación a unas exequias fantasmales, llenas de detalles falsos, no más atroces que los auténticos y que aún no se han borrado de mi mente. La operación de introducir el cuerpo en el ataúd es penosa: se ha hinchado tanto que no cabe en la caja. Veo al maestro de ceremonias, más pálido que las hachas de cera que iluminan la estancia, vacilar por primera vez. Se encuentra en la situación más embarazosa de su vida, todo se ha vuelto terriblemente difícil para él y para mí, que en mi delirio participo de su angustia. Se diría que el vacío dejado por la muerte —cuyo orificio es el oscuro cadáver—, infecta el curso de las cosas con su hedor. El hedor del vacío. Y ese cuerpo inerte que no cabe en la caja. Hay que empujar, apretar, comprimir, primero con solemne reverencia, disimulando los esfuerzos; luego, con frenesí brutal, porque ha aparecido y se agiganta en los ánimos el deseo de acabar cuanto antes. Empujamos, apretamos, comprimimos ya sin miramientos, mientras la servidumbre se entrega al saqueo de las cámaras secretas. Todavía puedo verlo, incluso oírlo.

Suena la vajilla, la seda gime al ser extraída de los cofres por manos presurosas, tintinean joyas y monedas. Una perla brilla, perdida, antes de ser aplastada por el zapatón de un médico que huye abrazado a un icono de la Virgen de la Ternura- Un eunuco cantor de capilla ha encontrado un espejo con mango de plata. Se mira en él y dirige un beso silencioso a su imagen, mientras alguien revuelve cajones a su lado. La profundidad del cristal parece de pronto vacía, humosa; luego va formándose en su superficie un rostro nuevo. Espantado, ve su propia cara convertida en una máscara hueca, sin alma, que no devuelve la mirada, que ni siquiera refleja la paz de la fingida estulticia que ha cultivado como defensa a lo largo de su vida. Y arroja al suelo el artefacto, cuya magia, aunque roto, permanece, pues cada uno de sus fragmentos sigue reflejando un rostro muerto. Cubriéndose el suyo con las manos, solloza al comprender que se trata de un castigo. Se siente culpable, aunque desconoce la falta que ha cometido, él que tanto amó al muerto. Uno de sus compañeros, que acaba de apoderarse de un candelabro grueso como un brazo, se ríe al pasar ante él con su botín.

Cada vez que me ponía a escribir, deploraba que en un artículo científico no pudiera darse rienda suelta a la pluma y expresar lo realmente importante, que a veces anida en un rincón del alma y no en los documentos fragmentarios que han venido a parar a nuestras manos por azar.

Como aquel trabajo me agotaba sin satisfacerme, dormía mal. Tenía sueños oscuros y fétidos, en los que percibía no sólo imágenes, sino también olores y sabores, como si masticara a mi escarabajo Ctonocelis bajo las bóvedas de una cloaca. Me despertaba temblando de frío: la ventana estaba abierta, aunque yo nunca olvidaba cerrarla y Gabriel no solía abrirla. ¿Qué sombrío mensajero me visitaba, susurrándome noticias incomprensibles, que olvidaba al despertar?

Una de aquellas noches, hallándome sola y sabiéndome condenada al insomnio o la pesadilla, me arreglé después de cenar y me acerqué a La Luna, donde siempre encuentro a algún conocido, porque es el lugar predilecto de los malditos. Pero no había un alma, absolutamente nadie, ni siquiera Sofía, punky tenebrosa de cabello escarlata y uñas negras que atiende la barra. Me senté a una mesa y encendí un cigarrillo, esperando que aquella soledad no durara mucho. Pero me equivoqué: duraba. Por las ventanas no se veía a gente en la calle, ni coches, ni gatos, ni siquiera el camión de la basura, el estruendoso fantasma de la noche. Absolutamente nada. Cuando me disponía a abandonar el local en busca de compañía —empezaba a sentir un miedo absurdo pero incoercible a que la vida hubiera desaparecido del mundo—, vi entrar a alguien y, tranquilizada, volví a sentarme.

El recién llegado se acercó a mí. Al principio no le reconocí, porque me había quitado las lentillas y con las gafas veo mal. Le tomé por un mendigo o un drogado. Pero era mi amigo el escultor, o lo que quedaba de él. Tenía un aspecto tan miserable, tan destrozado, tan sucio, que me asaltó el deseo de desaparecer para que nadie nos viera juntos. Traté de disimularlo para no herirle, pero su expresión de perro apaleado me advirtió de que no lo había conseguido, lo cual me hizo sentir profundamente avergonzada, como si me hubieran sorprendido realizando una acción vil. Para compensar aquel comienzo, me esforcé en desplegar una amabilidad ostentosa, con lo que sólo logré que mí amigo deseara a su vez que se le tragara la tierra. Entonces me invadió una oleada de ternura.

Pude asistir al nacimiento en mi corazón de una compasión profunda y purísima, que crecía y afloraba a mis ojos y a mi sonrisa, borrando las vergüenzas anteriores, incluso las capas de suciedad más hondas de mis sentimientos. El, por su parte, no dejó de captar de algún modo aquel cambio porque, abandonando su envaramiento anterior, sonrió con una expresión de inocente alegría que sólo se ve en los ojos de mi gata cuando le lleno de comida el platillo.

Sin embargo, aquellos buenos sentimientos eran falsos. Mi compasión no iba dirigida en realidad a mi amigo, sino a mí misma, que me veía reflejada en él como en un espejo. Compadecía su miseria porque me sentía miserable, su soledad porque estaba sola, su desaliño porque era consciente de que, a pesar de seguir usando perfumes franceses y ropa cara, yo misma descuidaba mi aspecto últimamente. Los ojos se me llenaron de las lágrimas más repugnantes que existen: las de autocompasión.

Su voz, muy enronquecida pero familiar, me sacó de aquel pantanoso estado de ánimo. Hacía tiempo que no le oía perorar sobre su genio y sus luchas contra la materia para crear la gran maravilla, y tampoco entonces se refirió a eso de un modo explícito, pero algo en su expresión y sus misteriosas palabras me indicó que se las estaba ingeniando para realizar su obra maestra, la genial, aunque tuviera todavía las muñecas envueltas en aquellas vendas asquerosas. Parecía hallarse en posesión de un secreto y dispuesto a compartirlo conmigo.

Nunca me había sentido inclinada a hacerme desear por él, ni siquiera en sus buenos tiempos de joven artista radiante de ilusiones, con sus hermosos ojos azules, que seleccionaban en el caos de la realidad los elementos potencialmente restituibles bajo formas más nobles y estrictas, y con su cuerpo algo deforme pero vigoroso, cuya fuerza prometía ser capaz de reducir la piedra y el hierro a la disciplina de la belleza y que, por lo tanto, participaba de ella. Pero en aquel momento le deseé, tan dolorosamente como se desea un trago turbio de sangre cuando uno se ha cortado las venas en una bañera y despierta un par de días más tarde sintiendo la sed de los condenados. Contemplándole, me invadían deseos nuevos. El más doloroso de todos, el más misterioso, tal vez sacramental, era el de deshacer aquellas vendas sucias y besar las heridas que se resistían a cerrarse. Porque sólo la herida es auténtica, pensé, sólo la herida de la navaja en la carne desnuda.

Poco después caminábamos abrazados hacia la casa vieja, en la que él no había estado nunca. Le dije que iba a enseñarle la ninfa de la fuente, notable escultura que tal vez le interesara ver, pero tanto él como yo sabíamos que lo que el destino había preparado para nosotros era una boda secreta, un sacrificio que no podía disminuir nuestros dolores, aunque sí teñirlos de un color más hermoso. Yo iba acariciando las llaves en el bolsillo de mi gabardina, mientras con la otra mano ceñía la cintura de su chaqueta raída. Esa noche su olor no era sucio como en los últimos tiempos, sino grato como el de un animal desconocido, tal vez una fiera habitante de la misma selva en la que yo, Leonisa, reinaba como leona, haciendo crujir la vegetación bajo mis patas.

Antes de llegar, me besó en un callejón sin salida, en medio de un silencio sólo escandido por los maullidos de una gata en celo que paseaba su desasosiego sobre una tapia, desde la que llegaban jirones de perfume de higuera. No fue un beso gozoso y

bueno como los de Gabriel, ni tuvo el candor insípido ni la dulzura venenosa de los de otros amigos de antaño. Era como la amargura hecha beso, un beso hambriento del que estaba ausente cualquier clase de deseo carnal conocido por mí. No supe corresponder en aquel momento a una caricia que me resultaba extraña, pero intuí que no tardaría en estar en condiciones de hacerlo, porque esas cosas se aprenden enseguida, en cuanto el alma las ha asimilado y ha informado al cuerpo sobre cómo comportarse al respecto. Es el secreto de los amores nuevos.

Cuando hube cerrado detrás de nosotros el portal de la casa, tuve la sensación de que habíamos penetrado juntos en un mundo que nos reconocía como dignos de recorrer no sólo sus espacios visibles sino también los más secretos. Ambos lo sentimos simultáneamente y estrechamos nuestro abrazo de un modo fraternal. Para mí, y creo que también para él, todas las miserias que arrastrábamos habían quedado afuera. Ahora éramos dos espíritus libres, gemelos, a los que cualquier juego estaba permitido; a mí, por ser dueña de aquel espacio y cómplice de sus misterios; a él, porque había rebasado las fronteras de la muerte y llevaba como marcas de su condición aquellas vendas, que allí suponían un timbre de honor. Juntos ante la puerta de la alacena, vimos brillar en la penumbra los ojos encendidos como carbones de los chivos diabólicos de antaño. Todo parecía haber crecido. El caballo disecado de la biblioteca hizo caso omiso de mi presencia, pero lamió las manos de mi amigo. Descubrí que aún yacían sobre el escritorio de mi abuelo las cartas que tan indiscretamente había estado leyendo días antes, aunque hubiera jurado que las había devuelto a su cajón bien ordenadas y atadas con su cinta roja. Incluso recordaba que no fui capaz de reproducir el primoroso lazo original y tuve que hacerlo como Dios me dio a entender, y que entonces me sentí de nuevo como una criada que huronea en los delicados objetos de su señora y tiene que acabar cerrando un joyero de una palmada brutal.

Volví a recoger y atar las cartas y traté de abrir el cajón para guardarlas, pero no pude por más esfuerzos que hice; parecía atascado. Entonces me volví hacia mi amigo en demanda de ayuda y vi con infinita sorpresa que alguien estaba a su lado.

Era una mujer menuda y calva, cuyo perfil se recortaba purísimo contra las sombras hasta por debajo de la nariz; en esa zona de su joven rostro, los labios se sumían de un modo espantoso, como si no tuviera dentadura, dándole el aspecto de una vieja. Vestía ropas anticuadas, y sobre su pecho una joya roja y negra lanzaba destellos cegadores que parecían proceder de su interior y no del reflejo de la escasa luz de la estancia. Me acerqué a ella, pero a cada paso mío —que era lentísimo, como en los sueños— la visión iba desvaneciéndose. Reapareció junto al escritorio y se puso a deshacer el paquete de cartas. Todo resultaba a la vez nítido y confuso.

Mi amigo me la señaló sonriendo. «Otra condenada a regresar», musitó en mi oreja, y me besó en el cuello. Me hizo reparar en la belleza de su cráneo, de formas perfectas. Era el tipo de belleza que le gustaba interpretar cuando todavía podía esculpir, «cuando tenía manos», dijo; le tranquilizaba el hecho de que al menos la naturaleza se hubiera encargado de ello. «Pero, sin dientes...», objeté. A él ese detalle no le interesaba. Insistió en la forma de los huesos de la cabeza y en la gracia con que se unían a las vértebras del frágil cuello que surgía entre encajes amarillentos. Y realmente era notable, pero yo nunca lo hubiera

apreciado si él no me hubiera hecho adoptar aquel punto de vista. ¿Sería, al fin y al cabo, un genio? ¿Eran los genios precisamente eso, especialistas en lo imperceptible?

La ninfa de la fuente, sin embargo, apenas le llamó la atención, aunque el claro de luna jugaba a favor de sus volúmenes. Aspiró con fruición el perfume de los jazmines y las madreselvas, cortó una ramita florida y me la prendió en el pelo. «Tú eres más ninfa que la ninfa», dijo; «sólo te sobra el movimiento. La escultura debe estar siempre quieta, como los muertos.»

Había en sus palabras, o así lo interpreté yo, un deseo recóndito de que yo estuviera muerta entre las flores, y recordé las palabras de Partenio: «De tu cadáver brotarán raudales de miel, como del león muerto por el Hércules judaico». «¿Crees que cuando yo muera brotarán de mí arroyos de miel?», pregunté a mi amigo, alzando los míos hacia sus ojos azules.

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y me acarició la mejilla con su diestra herida. El roce de los sucios flecos de la venda no me produjo la menor repugnancia, y besé la palma de esa mano martirizada.

Fui muy feliz con él en el jardín salvaje. El modelaba mi cuerpo a su capricho con aquellas manos que fueron fuertes y, aunque su amor no era como el de los hombres que viven en el mundo, mi goce fue y vino una y otra vez, como las olas, mientras sus dientes penetraban en mi carne y yo sentía que algo precioso pasaba de mi cuerpo al suyo, pero que enseguida me era devuelto de un modo espiritual. La última cima que alcancé fue tan alta que me despeñé; me desvanecí entre sus brazos. Sentí cómo me deslizaba hacia la nada y creí que iba a morir, y no me importó.

Cuando el fresco del alba me despertó, estaba sola, muy débil, con la ropa desgarrada por las espinas de los rosales. Había perdido un zapato, que encontré dentro de la fuente de la ninfa y que no pude volver a ponerme porque el agua sucia lo había estropeado. Volví a casa rota, descalza, deslizándome como un gato por las calles desiertas. Cuando llegué eran las cinco de la madrugada. Varios detalles me informaron de que Gabriel había cenado en casa y estaba durmiendo. Me di un baño caliente, bebí un vaso de leche para acompañar un par de Valiums y me dirigí a la alcoba, con las ideas todavía poco claras sobre lo que había sucedido. Apenas podía recordarlo. Por las rendijas de la persiana empezaba a filtrarse la luz del día.

Gabriel roncaba suavemente, envuelto en la colcha y abrazado a mi almohada. Su visión me enterneció extraordinariamente. Era como si se hubiera dormido pensando en mí, tal vez preocupado, tal vez añorante, seguramente las dos cosas. Al dejarme caer a su lado, abrió los ojos y me preguntó como sonámbulo de dónde venía y qué hora era. «Muy tarde, corazón», le respondí; «anda, duerme.» Lanzó un suspiro infantil de alivio, me pasó un brazo por la espalda y volvió a quedarse dormido al instante. Yo tardé un poco, pero cuando el efecto del Valium logró barrer los obstáculos de la excitación y la fatiga abrumadora, caí en un sueño negro.

Todo se ensombrecía, como si la muerte misma planeara sobre los tejados y las cúpulas, y se colara por los intersticios de las puertas y de los corazones —de mí corazón—, bajo la forma de una niebla sutil que los sentidos sólo captaban cuando ya era tan densa que impedía la visión de las cosas más cercanas.

Me encontraba muy mal. Traté de no dar importancia a mi estado de dolor y fatiga y desesperación constantes, achacándolo al cambio de estación y a la inquietud que me provocaba la agonía interminable de Partenio, pero no podía engañarme a mí misma. Lo que me ocurría es que estaba celosa de Gabriel. No quería pensarlo, no quería reconocerlo, no quería sentirme vulgar, pero era así: estaba celosa como no lo había estado jamás. Y no sólo por el hecho de que Gabriel saliera con alguien —en el fondo, eso no tenía mucha importancia para mí—, sino porque empezaba a perder mi propia estima, porque la debilidad que me invadía en esa época me dejaba inerme, me volvía frágil y asustadiza ante circunstancias a las que normalmente hubiera podido hacer frente de un modo mucho más desenvuelto, en lugar de dejarme deslizar pendiente abajo arrastrada por fantasmas.

Procuraba que él no se diera cuenta de que dentro de mí iba creciendo una especie de marea oscura y de que mi lasitud, el asco hacia los alimentos y un sucio y continuo deseo diurno de dormir, aumentaban de día en día. Era presa de una perpetua náusea ante los colores y los sonidos. Todo me sabía a sangre. Y todo me molestaba, todo se me hacía difícil: respirar, moverme, abrir los ojos. Los objetos resbalaban de mis manos, flojas como si me hubieran cortado los tendones. Sólo gozaba y me sentía a mí misma cuando nos fundíamos en un abrazo. Y aun ese goce estaba empañado por un angustioso anhelo de fusión, como si quisiera devorarlo. Pero también aquello se estaba deteriorando: yo estaba perdiendo no sólo cualquier clase de ilusión, sino también de deseo.

«¿Por qué no quieres que hagamos el amor?», me preguntó una tarde en que me mostré fría ante un acercamiento cariñoso. Creo que le miré ofendida, con la altivez con que miraría a un extraño que me hubiera hecho esa proposición sin venir a cuento. «Nosotros», contesté con ira contenida, «nunca decimos hacer el amor.» El ni se percató de la importancia que atribuí a aquellas palabras, pero para mí fue como si su «hacer el amor» hubiera sido puesto en su cabeza por otra persona; una mujer, naturalmente. Marina. «Te están haciendo cambiar», dije. Se quedó mirándome perplejo y muy dolido, con total inocencia, y me preguntó qué importancia podía tener aquello. ¿Qué más daba decir hacer el amor o cualquier otra cosa? Y además, estaba exagerando, estaba rara, últimamente me notaba rara. ¿Qué era lo que me ocurría?

Grité que a mí no me daban lo mismo las palabras, que estaba harta y que me dejara en paz. Y encerrándome en el cuarto de baño, me puse a llorar frente al espejo, por ver si alguien —aunque fuera mi propia imagen— se hacía cargo de mis sentimientos.

Por aquellos días el insomnio se me complicó, como dije, con una inapetencia que no me resultaba desconocida. No era la primera vez que la padecía, acompañada de pesadillas en las que siempre había gran cantidad de comida al alcance de mi mano. El síndrome de Tántalo.

En mi fantasía se desplegaban escenas de banquetes en las que los dioses, ciegos de hambre o tal vez sólo de gula, no reparaban en lo nefando del alimento que se les ofrecía,

abalanzándose sobre él sin criterio, sin distinguir el cordero asado de los delicados miembros de Pélope. Grandes risotadas, ruidos de masticación, eructos ebrios y sonos de flauta, constituían la banda sonora de aquella película bárbara. O bien una mujer rodeada de perros negros sacaba de una cesta pedazos de carne y se los echaba a las bestias. Bofes de un rosa violento, riñones, oscuros hígados, corazones.

Por entonces tuvo lugar el desastroso final de mi escarabajo Ctonocelis, una soleada mañana de principios del verano. La cajita entomológica se me cayó al suelo mientras la limpiaba; la tapa de cristal se hizo añicos, y el negro cadáver, despojado por la violencia del golpe de su soporte de alfileres, saltó hasta el otro extremo de la habitación. Antes de que yo hubiera tenido tiempo de reaccionar, la gata se abalanzó sobre él como una centella, lo atrapó y jugueteó con él, lanzándolo por los aires y recogiendo alegremente, como si fuera la bolita de papel que a veces le arrojo para animarla si me parece que está aburrida. Cuando iba a quitárselo, echó a correr con él entre las fauces por el oscuro pasillo, y la muy ladina, desapareció. Sabe esconderse en los sitios más inverosímiles, de los que a veces no puede salir por sí sola: entonces me llama con un maullido lastimero para que la rescate.

Volví al estudio, recogí los cristales de la caja rota y salí a tirarlos a la basura. Y, al volver, algo crujió bajo la suela de mi zapato. Maldita sea, había aplastado el Ctonocelis, que la gata, harta de su efímero capricho o asqueada por el olor a naftalina del insecto, acababa de devolverme. Ahora ya sólo era un montoncillo de cortezas negras. Lo recogí con una hoja de papel y lo arrojé por el balcón. La brisa me devolvió una de sus patas, que se posó sobre un montón de folios. No podía escribir con aquella pata delante, así que la arrojé a la calle soplándola sobre un papel. Adiós, compañero, pensé, eras un bicho amable y discreto a pesar de tu aspecto terrorífico. Nunca te olvidaré. «Y a ti, gata malvada», dije en voz alta, «voy a matarte.» Ella me miró inclinando la cabecita de un modo encantador, como pidiendo perdón pero manifestando al mismo tiempo que tanto yo como los coleópteros le importábamos un comino.

16

Desahuciado por los médicos y en estado terminal —así se llama ahora la agonía—, Partenio seguía extinguiéndose. Yo le visitaba algunos días, aunque no salía de su estupor vegetal ni conocía a nadie, de modo que los minutos que pasaba a su lado sólo servían para reconfortar a su hermana.

Una tarde aprovechando que se había apoderado de él un sueño apacible, salimos de la sofocante alcoba a merendar en un saloncito contiguo. La enfermera estaba agotada, pero se las arreglaba para mantener un constante aire de frescura protectora como el que me sedujo en Gabriel desde que abrí los ojos en el hospital y le vi inclinado sobre mi cuerpo roto. Un gran estrépito procedente de la habitación del enfermo nos sobresaltó. Corrimos a ella y, horrorizadas, le vimos medio desnudo, de pío entre un desorden de ropas y frascos de medicinas, la mesilla de noche caída en el suelo con los cajones fuera. Estaba tratando de desenfundar una almohada con gestos de autómatas y la mirada a la

vez furiosa y ausente. Cuando toqué sus miembros helados y flácidos, y vi en sus ojos la opacidad cenicienta del ascua que se apaga —el destello atroz de la locura—, creí morir de pena. Costó Dios y ayuda volver a acostarle porque se resistía, como si temiera que fuéramos a hacerle algún daño, apretando la almohada contra el pecho para que no se la quitásemos. Aunque no decía nada, era evidente que la única misión que le quedaba por cumplir en el mundo consistía en sacarla de la funda. Había perdido el aroma de anciano cuidadoso de su cuerpo; olía mal, a viejo, a sudor rancio y a orines. Su cama, siempre limpia, con sábanas inmaculadas cuyo perfume me había recordado otras veces el de las madreselvas de la ninfa, estaba sucia, revuelta y húmeda.

La suya no fue la muerte solemne que yo hubiera deseado para él. Tras largas horas de sufrimientos, durante las que pareció atormentado por visiones que le hacían murmurar sandeces y obscenidades, cayó en una somnolencia intranquila, respirando con dificultad el aire fragante que entraba por la ventana. Un moscardón negro y peludo revoloteaba por la estancia y a veces se posaba en la almohada. La enfermera y yo tratábamos de ahuyentarlo, pero volvía a macular la blancura de la tela, sobre la que se paseaba mostrando una desvergonzada ausencia de temor. De pronto, se enredó en el escaso cabello del enfermo y zumbó asustado. La enfermera lo aplastó con un cepillo y, temblando de asco, lo cogió con una servilleta de papel y lo arrojó por la ventana murmurando algo que no entendí.

Pero enseguida acudió otro, que nos hizo reír de desesperación. La hermana de Partenio, que se había amodorrado unos instantes en un sillón, despertó y nos miró interrogante, mientras se atusaba el pelo de plata azul con un movimiento maquinal de su mano enjoyada. Todas estábamos exhaustas. Nos dimos cuenta de que Partenio había dejado de agonizar cuando el insecto se coló por su boca entreabierta sin que se produjera en su rostro la menor reacción. Ni un estremecimiento. Aquella boca se había convertido en un agujero insensible, del que la mosca gigante no volvió a salir.

Cuando evoco esta escena íntima y real hasta la exasperación, echo de menos las visiones de la fastuosa muerte pontificia en que a veces me recreaba y que me entretenían como a la gata el juego de la bolita de papel colgando de un hilo. Pero ahora que ya habían introducido el grueso cadáver papal en el ataúd, ahora que el aliviado maestro de ceremonias había terminado de dirigir el cortejo por los fríos corredores hasta la basílica, no tenía objeto continuar. Lo que venía después era insignificante: mera burocracia de la muerte. Todo terminó por diluirse en una última ensoñación: un cortejo fúnebre transcurriendo por corredores tenebrosos, en cuyas bóvedas brillaba el oro y el azul a la luz vacilante de los hachones portados por pajes rubios. Grandes perros de color canela seguían a la comitiva. Parecían más apenados que los hombres.

Hace unos años, visitamos la tumba de aquel Papa maldito, un domingo radiante del invierno romano, que encendía nuestras mejillas y acentuaba la claridad celeste de los ojos de Gabriel. Estaban a punto de cerrar la iglesia, pero nos permitieron pasar un momento a ver la sepultura. Fotografié la insulsa lápida sin la menor emoción y sin cuidado, sabiendo que las fotos iban a salir mal. Pero no me importaban las fotos ni la tumba ni el Papa, la verdad es que en aquellos momentos mi único anhelo —y el de Gabriel— era encontrar abierta la trattoria de Piazza Sforza, desde cuyas ventanas se puede contemplar

el espectáculo de los gatos dando caza a las palomas cansadas o viejas. Es encantador asistir a la indignación que despierta el despliegue de gracia felina entre los hipócritas viandantes.

Me hubiera gustado despedir a mi maestro con una cremación a la antigua, con pira, sacrificios, certámenes y plañideras. A falta de eso, acompañé a su hermana al entierro en el cementerio municipal. Llevaba los ojos ocultos por unas llamativas gafas oscuras, detalle inspirado sin duda en las fotos de entierros de las revistas del corazón que leía en la peluquería. Mientras nuestro taxi seguía al coche fúnebre, yo fantaseaba sobre fosas, tierra húmeda, gran concurso de gente enlutada, tumbas cavadas con pico y pala, ataúdes descendiendo por medio de cuerdas, paraguas negros y un sacerdote leyendo con voz fuerte y trémula un salmo terrible. Sin embargo, el día era radiante y no hubo fosa, ni palas ni tierra húmeda. Metieron al pobre Partenio en un nicho situado a bastante altura en un bloque infame, y luego taparon el agujero con cemento.

Mientras alguien escribía el nombre y las fechas en el cemento fresco, vi pasar como una exhalación por entre las tumbas y los columbarios a mi amigo el escultor, envuelto en una gabardina muy raída y con las manos metidas en los bolsillos. Aunque llevaba el cuello subido y gafas negras, le reconocí y, excusándome con la hermana de Partenio, le seguí. No tardé en darle alcance. Le tomé por un brazo y le saludé riendo. El se sorprendió mucho al verme, yo diría que se aterrorizó. Echándose para atrás como si se viera asaltado por un malhechor o por una bestia, se zafó de mi mano con gesto brusco. Enseguida trató de borrar el mal efecto o la extrañeza que hubiera podido producirme su primera reacción: muy turbado, se apresuró a sonreír y a saludarme con fingido alborozo, pero casi al mismo tiempo murmuró una disculpa, se alejó de mí rápidamente y desapareció entre unos arbustos. Pareció tragársele la tierra. Me encogí de hombros y regresé al grupo del entierro, diciéndome que estaba loco de remate y haciéndome el propósito de no volver a interesarme por él.

17

Me encontraba bien aquellos días, como sí la muerte y el entierro de Partenio me hubieran librado de una esclavitud y un peso insoportables, aunque algo muy profundo me decía que se trataba de una mejoría ficticia y que las grandes penas que estaba incubando no habían llegado a aflorar, cuanto menos a hacer eclosión.

Desde nuestro encuentro brevísimo y extraño en el cementerio, no había vuelto a saber de mi amigo el escultor. Hasta cierto punto, su silencio constituía un alivio para mí, porque en aquellos días mi interés hacía el desarrollo de sus tormentos había quedado eclipsado por una serie de minúsculos acontecimientos que me irritaban hasta la exasperación. Se trataba de los mensajes que me hacía llegar Marina de su presencia en la vida de Gabriel. Menudeaban las llamadas telefónicas, que se cortaban si era yo quien descolgaba, las cartas con su nombre bien visible en el remite, las postales sin sobre con unos textos desvergonzados escritos en caracteres tan grandes que hasta un ciego hubiera podido leerlos aun sin proponérselo. Y había detalles obscenos, como las marcas que

dejaba en el cuello de Gabriel. Con respecto a esto último, que verdaderamente me sacó de quicio, le dije que no consintiera que utilizaran su piel para esa clase de juegos. Esto le dejó muy pensativo, porque no se había dado cuenta: tuve que ponerle delante de un espejo para que se percatara de hasta dónde llegaba la mala índole de su amiguita.

Todas aquellas tonterías me fastidiaban hasta extremos indecibles y, aunque me prohibía a mí misma comentarlas con él para no darles más importancia de la que tenían, acababa cayendo en la trampa del reproche indirecto y miserable, que me hacía odiarme a mí misma. El, por su parte, se sentía acorralado entre las exigencias de Marina, cada vez mayores y más apremiantes, y mi malestar, y perdía su brillo angélico de día en día. No sabía ya dónde se hallaba su preciosa libertad —que en estas circunstancias parecía lo más importante para él—, si en una aventura que iba convirtiéndose en fuente de conflictos más que de placeres, o en nuestro amor, tan alicaído por entonces que constituía más bien una carga no sólo para él, sino también para mí. Porque, pensaba yo, él era libre de complicarse la vida tanto como quisiera, pero ¿qué necesidad tenía yo de soportar que me la complicara a mí una mujercilla que ni siquiera me había sido presentada y que hacía lo posible —ella sabría por qué— por demostrarme su hostilidad? ¿Acaso el escultor o cualquier otro de mis amigos molestaba deliberadamente a Gabriel?

Marina estaba tan presente que me dio por inventarla a partir de lo poco que sabía de ella: su juventud, su tono de voz por teléfono y los gustos que inculcaba insidiosamente a Gabriel, como el de decir «hacer el amor» o el de fumar el repugnante tabaco mentolado que él jamás había fumado antes y que ahora apestaba toda la casa. Iba por la calle como sonámbula, meditando sobre estos transcendentales asuntos y adornando a la muchacha con prendas imaginarias. Sería una grosera, pero sin duda bella y flexible como un felino —insigne idiotez, porque jamás un felino se comportó con grosería—, o moderna de cuero y moto, una especie de mutante hacia estadios nuevos de la civilización, o tal vez un diamante en bruto que excitaba el pigmaniolismo de Gabriel. Entonces me lanzaba a mí misma una mirada de reojo en los cristales de los escaparates y suspiraba desalentada.

Frecuentaba la Biblioteca como remedio contra la melancolía. Me gusta leer viejas obras en ediciones originales, en libros antiguos de papel apolillado, con su extraña puntuación, sus abreviaturas, sus eses que parecen efes, podía encontrar libros así en la biblioteca de mi abuelo, pero ahora me daba miedo estar sola en la casa vieja. Prefería la compañía silenciosa y tranquila de otros lectores y me gustaba oír pasar las hojas, y los suspiros de satisfacción, decepción o dolor de mis compañeros anónimos. Manejando uno de aquellos viejísimos volúmenes, se me quedó en la mano una bolita de marfil que se desprendió de las cintas de cuero del cierre. Maravillada, me la guardé como si se tratara de un talismán. Y lo era, a su modo. Tenía tres siglos y un color meloso como el del mango de la navaja con la que mi amigo el escultor se había cortado las venas. Me encantaba hacerla rodar por mis palmas pensando que la tocaron otras manos hermanas de las mías, que ya no eran más que polvo. Sentir entre los dedos la bolita me producía un placer semejante al que experimentaba oyendo las campanadas cristalinas del relojito rococó que me regaló Gabriel, porque su tintineo coquetón fue oído con el mismo timbre por damas de peluca empolvada, cuyos corazones latían al compás de amores y desamores y hastíos y terrores y vergüenzas y seguramente iguales que los míos. También tenía —y conservo

— una tesela del pavimento de una casa de Ostia. La cogí porque estaba desprendida y nadie iba a molestarse en consolidarla en aquel mosaico ruinoso que se desgranaba en los bordes de pura madurez de siglos, y también porque aquella mañana de primavera me sentía feliz. Cada vez que levantaba los ojos con el gozo de haber recuperado el decumanus, me encontraba con los de Gabriel, que me miraban risueños y transparentes como los de un ángel. Me gustaba jugar con ella, pensar que fue pisada por sandalias y coturnos. No es bonita: blancuzca, mide casi medio centímetro cuadrado y tiene el aspecto de una muela o un pequeño hueso de la ciudad. Se trata, en suma, de un fetiche sin valor, pero que pertenece al mundo que yo amo, el universo ligerísimo de las cosas que, no significando apenas nada, son partículas cristalizadas del tiempo. El pasado me sonreía a través de aquellas huellas casi imperceptibles, invitándome a participar en un juego eterno y placentero en el que todo vicio era glorioso, todo amor y todo odio apasionados. Mientras tanto, luchaba sin éxito con la complejidad insulsa del presente, sin encontrar más refugio que el de aquella gran sala de lectura, cuya suave penumbra era aclarada por la luz de las lámparas de cristal verde de las mesas.

18

Después de la muerte de Partenio estuve una larga temporada sin ser capaz de verme a mí misma como leona. Leonisa. Cerraba los ojos, me sacudía la melena, imaginaba ver abrirse ante mí el túnel de verdor, pero era inútil: tenía el alma seca. Y lo peor de aquella catástrofe íntima es que me dio por pensar que Gabriel lo notaba, que ya no encontraba en mí la menor leonidad. Me estaba convirtiendo a sus ojos, pensaba presa de la angustia, en una especie de rata. Es decir, sin dejar de ser una bestia, era inferior a la incomparable —así tenía que ser, puesto que le gustaba a él— y joven y diferente Marina, habitante del mundo fabuloso de la noche, del rock y de la libertad, como yo misma cuando tenía sus veinte años.

Un día no me sentí rata, sino loba famélica. En lugar de la selva se extendía ante mí una llanura desolada que contemplaba desde lo alto de unos riscos. Helaba. Me azotaban ráfagas de ventisca, pero no sentía frío sino hambre. Bajé al llano y estuve merodeando por las granjas sin encontrar nada que pudiera satisfacer mi necesidad, porque todos los rediles estaban cerrados, todos los corrales protegidos con alambradas eléctricas. Y había perros —hasta esas criaturas despreciables me asustaban. El hambre hizo que me acercara a la ciudad. No estaba sola. Otros lobos me acompañaban. Formábamos en la noche un rebaño hirsuto y salvaje, los ojos brillando como ascuas, las fauces abiertas en un aullido de desesperación. Pero para los lobos no había alimento ni amor. Aun siendo la misma, la ciudad parecía distinta, como si alguien —tal vez el escultor— le hubiera dado la vuelta y mostrara su reverso, la parte sangrienta de la piel, lo de debajo con todos los costurones y los rellenos de estopa al aire. Sus puertas se llamaban Puerta de los Suspiros, Puerta de los Dolores, Puerta de las Lágrimas, Puerta de las Tinieblas. Estuvimos husmeando en las basuras por sí encontrábamos algo, tal vez un feto o un trozo de asado. Finalmente, me hallé en el portal de mi propia casa. Subí, entré furtivamente en la cocina y robé una

pierna de cordero que guardaba para la comida del día siguiente. Cuando tuve entre las manos aquella carne fría, regresé al mundo en el preciso instante en que se oía la llave de Gabriel en la cerradura.

Entró silbando, como de costumbre, y me llamó. Al no obtener respuesta, estuvo un rato buscándome hasta que, al entrar en la cocina, mi presencia le sobresaltó. Me preguntó qué demonios hacía allí a oscuras. Yo le abracé, todavía con la pata de cordero en la mano, desmadejada y triste, y sin darme cuenta husmeé su rostro y su cuello buscando el rastro de un perfume —en realidad es otro olor el que se busca—, pero no olía a nada especial, sólo a tabaco mentolado y al cuero de la cazadora. Me besó distraídamente y dijo que tendríamos que cenar pronto, porque íbamos a ir al cine. O, mejor, podíamos cenar en cualquier cafetería del centro. Tuve un acceso de alegría abyecta, ¡íbamos los dos juntos al cine, por iniciativa suya! Sin embargo, aquello no tenía nada de extraño; de hecho, íbamos continuamente, dos o tres veces a la semana. No había motivo alguno para exaltarse con la alegría de una perra a la que sacan a pasear.

Las emociones del último tramo de la tarde me habían abierto el apetito. Y al parecer también a la gata, que insistió con su pantomima habitual para que le abriera un bote del paté de atún y sardinas que tanto le gusta, aunque le provoca vómitos y lombrices. Deben de dragarlo para estimular a los animales a no querer comer otra cosa, porque cuando se la priva de él, se pone triste y abúlica, se llena de odio, se le cae el pelo y descuida su aseo personal. Mientras Gabriel se afeitaba, puse en su platillo doble ración para celebrar el inesperado regalo de la salida. Pero ella no compartía mi entusiasmo ni sabía a cuento de qué venía aquella generosidad desordenada. Como es natural, comió lo que tenía por costumbre, ni un gramo mas, y luego se alejó displicente hacia el pasillo, a realizar sus ejercicios gimnásticos habituales.

Cuando, una vez en el cine, estábamos acomodándonos en nuestras localidades, me di cuenta de que Gabriel saludaba a alguien de las filas de detrás, pero no me volví; pensé que, puesto que él no me decía nada, no debía de tratarse de un conocido común, porque si no me lo hubiera advertido. Desde aquel momento, le noté un poco tenso, especialmente cuando apoyaba la cabeza en su hombro o le hacía algún arrumaco. Percibía vibraciones de malestar, al principio muy fuertes y luego decrecientes, hasta llegar a desaparecer a medida que la película avanzaba e iba apoderándose de nuestro interés.

Volvió a saludar en la misma dirección que antes cuando los títulos de crédito finales fueron tragados por el borde de la pantalla y se encendieron las luces de la sala. Yo continué sin mirar atrás, pendiente de no olvidar el paraguas, el bolso y la chaqueta. No obstante, me daba cuenta de que se trataba de alguien a quien él no deseaba tener más cerca, porque casi me empujó hacia el pasillo. Eso era algo inhabitual y me alertó. Marina, pensé por primera vez en toda la velada. Miré a mi alrededor, pero la muchedumbre que salía me impidió identificar al destinatario —que para mí era ya sin lugar a dudas destinataria— del saludo. Escruté en vano los rostros de las muchachas que me parecían más atractivas, tratando de adivinar a cuál de ellas correspondía el nombre que acababa de estallar en mi mente, pero no vi a ninguna que lo mereciera.

Una vez en la calle y rodeados por el gentío que entraba y salía de las salas de espectáculos, casi chocamos con tres chicas que salían por otra de las puertas, también

apresuradamente y mirando al suelo. Gabriel no tuvo más remedio que presentármelas. Dos de ellas tenían nombres tan anodinos como su propio aspecto; la otra era Marina. Tuve que mirar dos veces para hacerme una idea de su aspecto, porque su insignificancia la volvía casi invisible.

Fue un encuentro muy fugaz: apenas estuvimos parados allí un par de minutos diciendo estupideces, pero hay que ver la cantidad de cosas que sentimos y pensamos los cinco. Marina me lanzó una miradita oblicua que duró una milésima de segundo, y enseguida decidió ignorarme, una vez que me hubo fotografiado mentalmente, clavando luego los ojos en el suelo con obstinación infantil. No volvió a levantarlos ni siquiera cuando nos despedimos, pero no perdió detalle de mí persona y, además, tuvo un acceso de pánico al comprobar que yo no era la sufrida esposa que ella había imaginado, sino una mujer pelirroja de aire arrogante, vestida con vaqueros y americana de alta costura.

Por un momento estuve dentro de su piel, sintiendo lo que ella sentía: un gran deseo de que un rayo me fulminara o de que un huracán se la llevara a ella misma muy lejos de allí. Perderme de vista, en suma, cuanto antes.

Criticó la espléndida película que acabábamos de ver con una voz que sonaba incluso peor que por teléfono. Mientras tanto, sonrisitas tontas y maliciosas flotaban en los labios de sus amigas, que a su vez adivinaban lo que estábamos pensando y sintiendo ambas, y que se alegraban de nuestras desdichas. Gabriel, aparentemente ajeno —o tal vez ajeno realmente— a todo aquel barullo silencioso, subliminal para un hombre, decía cosas fuera de lugar. Pero estoy segura de que al menos había captado mi estupor y mi decepción ante la evidente falta de encanto de su amiga. «El Monstruo de Guatemala», le susurré al oído cuando estuvimos solos. Acogió este comentario venenoso con una sonrisa de complicidad, en la que leí que en el fondo me daba la razón.

19

Lo anunciaba una voz en play-back, recia y segura de sí misma, en las ferias de mi infancia. «¡Lo nunca visto! ¡El monstruo encontrado por unos exploradores entre los hielos de Guatemala!» Lo de los hielos debería haberme puesto en guardia, pero por entonces no estaba muy ducha en geografía. «¡Sólo para nervios de acero!», insistía la voz. Justo los míos, pensaba yo temblando de pavor. Y pagué religiosamente la entrada, y entré y perdí la inocencia, aunque por desgracia no toda. Traspasada la última puerta, descorrido el último velo, vi al monstruo y quedé petrificada. Pero no de terror, sino de perplejidad ante lo burdamente desvergonzado del truco. Porque el Monstruo de Guatemala consistía en una gran serpiente de cañón piedra, por cuyo cuello asomaba la cabeza de un viejo desdentado, que hacía muecas y visajes al público. Entrar en aquel barracón, atraída por una voz que mentía hielos en un país tropical, constituyó el pecado original por el que fui expulsada del paraíso de la feria para siempre.

Gabriel lo sabía. Incluso habíamos entrado juntos algunas veces en la caseta para reforzar nuestra complicidad frente a las asechanzas del mundo. Y ahora, Marina, la auténtica Marina, no era en absoluto mi Marina: resultaba ser también un pequeño fraude

que se superponía, borrándola, a la maravillosa criatura imaginaria fruto de mis terrores. Aquello fue el principio del fin, aunque entonces no me di cuenta.

20

Un día estalló la tormenta. Gabriel se iba a pasar el fin de semana con Marina. No me había dado detalles del viaje ni yo se los había pedido, y sólo fui consciente —o creí serlo— de lo que significaba aquello, al verle enfundado en su atuendo espacial de motorista, cuando se disponía a dejarme una nota sobre la mesa de la cocina.

«Me voy, cariños-, me dijo un poco alterado, «pero volveré el domingo por la noche.» Y al ver que se encendía en mí una cólera que yo no era capaz de controlar, añadió que no me preocupara, que me amaba, que aquellos eran asuntos suyos que no afectaban a nuestra relación. Discursos, en suma, que difícilmente puede asumir una mujer enamorada, por muy buena voluntad que ponga en ello. Además, relación es una palabra que tiene la virtud de sacarme de quicio. Para mí el amor no es una relación. El amor es una fusión, una manifestación noble de la vida. Cualquier clase de amor. ¿Era una relación lo que me había unido a Partenio? ¿La gata y yo manteníamos una relación? ¿Una relación era capaz de hacer consumirse de angustia a una persona por causa de otra? Pero cuando Gabriel echaba mano del vocabulario abstracto, decía cosas espantosamente triviales; podía llegar a calificar a lo nuestro de «relación de pareja».

Pensando que cuantas más palabras se pronunciaran, mayores iban a ser los destrozos, le dije que de acuerdo, que se fuera, que ya hablaríamos a su regreso y que no se preocupara por mí, que ya me las arreglaría para no aburrirme. Esto último le produjo cierto pánico, de modo que se fue sin ganas y hecho polvo —así es como gestionan su libertad estos muchachos. Cuando oí cerrarse la puerta, le odié por preferir hacerme daño a mí a quedar mal con aquella gansa, cuando en el fondo ni siquiera tenía muchas ganas de irse con ella; pero también experimenté un gran alivio, como si me hubiera quitado un peso de encima.

Mientras me preparaba un sandwich y me disponía a comerlo frente al televisor viendo *Alien*, comencé a hacer planes descabellados para mi fin de semana. ¿Y si llamara a mí amigo el escultor y lo pasara con él en la casa vieja, haciendo resurgir los espectros, entregándonos a la extraña clase de amor que él me había enseñado y que no era de este mundo? También podía visitar a la hermana de Partenio, que sin duda me pondría al corriente de unos cuantos secretos infames de la vida de mi maestro. O salir en busca de aventuras. O dejarme de tonterías y disfrutar de mi soledad; yo nunca he necesitado a nadie para pasarlo bien.

Acabé el sandwich y lié un cigarrillo de marihuana. Cuando estaba por la mitad y el Monstruo de Guatemala comenzaba a hacerme reír sacando la lengua y poniendo los ojos en blanco, mientras la gata ronroneaba su misteriosa felicidad en mi regazo, oí la llave de Gabriel y los ojos se me llenaron de lágrimas. Mierda.

Dijo que no podía irse dejándome así. «¿Así? ¿Cómo que así?», repliqué. Estaba perfectamente. Además, no me importaba nada, ya habíamos quedado en que no era cosa

de los dos sino sólo de él. Pero se quedó, y no tardamos en acostarnos. Para entonces, Sigourney Weaver ya estaba metida en faena con el intruso espacial.

A las cinco de la madrugada me desperté, presa de una intensa sensación de asfixia, taquicardia y un temblor que no me resultaba desconocido, porque me había atacado ya un par de veces, en épocas de grandes depresiones, cuando mis deseos de vivir bajaban hasta el umbral peligroso de la aniquilación. Me levanté procurando no hacer ruido y salí de la alcoba sin despertar a Gabriel. Me tomé un par de pastillas de Mogadón de muchos miligramos con una taza de valeriana. Sentada a la mesa de la cocina, intenté encender un cigarrillo, pero las manos me temblaban tanto que se me cayó al suelo cuando me lo llevaba a los labios. La gata, que había acudido deseosa de no perderse las novedades, jugueteó un poco con él y luego saltó a mi regazo y me miró fijamente a la cara.

A veces me da miedo su forma de mirarme cuando me encuentro mal. Adivina mis sufrimientos, o al menos el hecho de que sufro. Estoy segura de que en aquella ocasión mi dolor le llegaba de alguna manera. Me estudió un rato, para enseguida hacerse un ovillo, como si no quisiera saber nada de mis penas. Se desentendía, pero no me abandonaba; tal vez intuía que su compañía cálida y aterciopelada constituía de por sí un consuelo. Gatos, gatos, emblemas de la libertad en el corazón mismo de la prisión doméstica.

Volví a la cama, tratando de permanecer inmóvil hasta que el Mogadón me hiciera efecto, pero no lo conseguí. Supe que estaba empezando a ser presa del más terrible de mis demonios y que, una vez que me poseyera, no me soltaría fácilmente. Y cedí al tormento, noté cómo iba perdiendo el control. Empezaba la fiesta. Cuando me sobrevinieron las convulsiones y los ahogos, Gabriel se despertó y me abrazó aterrorizado.

Pasé todo aquel día en la cama, entregada al desenfreno del dolor, sin que ni Gabriel ni el médico de cabecera fueran capaces de calmarme ni de procurarme alivio con sus inyecciones de Valium y sus píldoras de mil colores. Entonces volví a ser leona, pero una leona herida y rugiente, que se abalanzaba contra los barrotes de su jaula, dejándose en ellos la piel y los huesos, porque el hierro es más fuerte que el frágil cuerpo de un animal, aunque sea el de un león.

Al atardecer, viendo que no conseguía que mi estado mejorara, Gabriel me ingresó en la clínica donde trabaja. Me atendió un neurólogo amigo suyo, hombre suave y limpio, de ojos grises que reflejaban una tristeza reflexiva, hacia el que yo había sentido siempre una gran simpatía aun sin conocerle apenas. Como entre sueños, les oí intercambiar palabras lejanas y espantosas, mientras la esfinge que se había instalado sobre mi pecho se volvía cada vez más pesada, y el dolor producido por sus garras más acerbo. «Neurosis de ansiedad. Cura de sueño. Desconectarla del problema.» Vaya, ¿y cuál era el problema? «¿Cómo es que no la has traído antes? Deberías haberla traído antes, parece mentira, cómo sois los carniceros.» «Electro. Ansiolíticos.» «No te preocupes, descansará sin sueños, y, en un par de días, a casa.»

Pero yo soy muy soñadora. Sueño dormida y despierta, he soñado sometida a anestesia general, sueño en la cama y sueño en los aviones. Y soñé entonces, saturada de ansiolíticos y de hipnógenos que se introducían dulcemente en mis venas a través de la aguja del gotero clavada en mi muñeca.

Me hallaba visitando con Partenio las criptas de la catedral. Eran antiquísimas, anteriores a todo, colmadas de ataúdes apilados unos sobre otros, de los que se escapaban siniestros crujidos. Partenio dijo que, además de que era allí donde se generaban los miasmas que apestaban los corazones, había peligro de hundimiento. Y empezó a pasearse de acá para allá inspeccionando, mientras murmuraba algo sobre los enterramientos de la Via Apia y la Mater Tenebrarum.

Cuando nos disponíamos a salir de nuevo al mundo de la luz, unas manos invisibles tiraron de nosotros hacia dentro, mientras una voz nos llamaba cobardes entre risas. Seguimos sus ecos por un laberinto de catacumbas cada vez más oscuras y húmedas, en cuyas impostas anidaban animales nocturnos que salían huyendo a nuestro paso, rozándonos la frente y las mejillas con sus cuerpos y lanzando agudos gritos que escalofriaban. Partenio me tranquilizó, pasándome un brazo protector sobre los hombros —«¿Lo ves? Ya no tiene convulsiones»—, y penetramos juntos en las profundidades de aquel infierno helado. Los subterráneos descendían en parte con escalones y en parte en rampa muy pronunciada y escurridiza, como húmeda de sangre o de saliva. Según nos internábamos, disminuía la luz y aumentaba mi deseo de volverme atrás, pero algo nos empujaba a avanzar.

Un ligero accidente de la marcha hizo que separáramos las manos, que habíamos mantenido unidas desde que nos adentramos en las tinieblas. No tardé en darme cuenta de que me hallaba sola. Mi compañero había desaparecido, tragado por un corredor lateral.

Tinieblas y silencio. Oscuridad, humedad y silencio, como en la muerte, pensé. Y me sentí confortada, porque era la muerte y no lo era. Estaba viviendo mi muerte, me estaba hundiendo en una especie de juego infantil. La oscuridad y el silencio me traspasaban, la tierra pesaba sobre mi cuerpo; pero podía sentirme a mí misma y mi propio terror, y por lo tanto reírme: tenía el presentimiento de que la risa no tardaría en florecer en lo más profundo de mí alma, haciéndome estallar en carcajadas. Permanecí un rato muy quieta, saboreando las sensaciones de la muerte en vida, pero luego me puse en marcha. No podía quedarme allí. No pertenecía a ese mundo, y empezaba a sentir hambre, frío y otros síntomas de vida que desmentían mi lúgubre fantaseo. El sonido de mis propios pasos, al principio lentos y titubeantes y enseguida acelerados, y mi jadeo, rompieron el silencio, al tiempo que mis ojos vislumbraban una tenue claridad. La efímera muerte desapareció, llevándose consigo la felicidad de hacía un momento.

Me encontraba en una vasta sala surcada por una arteria de las cloacas de la ciudad. El fulgor de la podredumbre la iluminaba misteriosamente. El agua negra, fétida, lustrosa bajo aquella luz, arrastraba inmundicias cuya existencia yo ni sospechaba. Lo peor, sin embargo, no era eso. En un rincón de aquel escenario de locura había una rata del tamaño de un perro; dos, tres ratas enormes rodeando algo blancuzco, royendo incansables piel, grasa, huesos, blando tuétano corrompido. Un tremendo boquete del techo dejaba caer, escurriéndose, resbalando por un talud de tierra oscura y piedras esponjosas, los

cadáveres de las criptas superiores. Las ratas habían hallado un buen filón en aquel espacio excavado en las tinieblas. «No, hoy no comerá; con el suero tiene suficiente.» Una levantó el hocico de su banquete infame y clavó en los míos sus ojillos fatigados. Ratoncito Pérez, pensé, y fue entonces cuando estalló mi risa, reprimida hasta ese instante, como el agua de un puchero que rompe a hervir. Ante aquel sonido inesperado —y seguramente desconocido para aquellos habitantes de un mundo de silencio—, las tres bestias se asustaron y huyeron, dejándome sola con las carroñas. Eso era más de lo que yo podía soportar. Eché a correr también, despavorida, a ciegas, golpeándome las manos con las paredes, cuya rugosidad no era suavizada por el moco fungoso que las tapizaba. Pero no tardé en hacerme con las riendas del caballo de mi espanto. Y cuando tuve la certeza íntima de que ya no podía sucederme nada malo, me encontré entre los brazos de mi maestro, que me estrechaba con la alegría del reencuentro.

Juntos de nuevo, no tardamos en estar de vuelta en la gran sala de los ataúdes. Apenas desembocamos en ella y no habiendo recuperado aún el aliento, Partenio lanzó un estornudo gigantesco, que resonó en las bóvedas como un trueno. Los crujidos de las cajas podridas se volvieron más audibles, prolongándose en ecos siniestros. Mudos de espanto, asistimos al desplome de aquellos montones de madera vieja, huesos, polvo y negros huevos de insecto —el caviar de la muerte. Estuvimos a punto de ser aplastados, pero no nos hicimos el menor rasguño. De toda la aventura, lo más terrorífico fue la mirada que advertí en los ojos de la enfermera cuando abrí los míos. Ojos de lechuza. Los volví a cerrar inmediatamente.

Lo que vino luego se me antoja más confuso pero mucho más intenso. Yo era una reina. Tenían que sacarme el corazón para dárselo a mi padre, que era Partenio. Pero yo no quería, porque mi corazón pertenecía a un rey resplandeciente como el sol. El rey y yo yacíamos en una parrilla sobre una pira en la sombría noche, abrasándonos. Nos derretíamos como figuras de cera y nos fundíamos bajo las estrellas hasta ser uno solo. «Nuestra relación.» Después, nuestros cuerpos, negros como una masa de cieno, se corrompían juntos, convirtiéndose en un escarabajo titánico o una cabeza de león. Del caparazón del insecto o de la cabeza de la bestia surgía un niño de color rubí, un chorro de oro líquido.

Y yo miraba hacia el mar y pedía otra cerveza, mientras mi amigo el escultor me mostraba sus muñecas cortadas, sonriendo. Sus heridas habían cicatrizado, estaban limpias. Las besé. Pero todo parecía vacío. Era a Gabriel a quien yo buscaba entre la multitud que se había congregado en la carretera ante los despojos de un accidente. Había un charco de sangre en el suelo. El escultor, arrodillado, se inclinaba hacia él. Yo sentía su sed dentro de mí, pero no era eso lo que deseaba, yo quería agua pura, agua fresca de una fuente de Roma.

El rostro de Gabriel, pálido y ojeroso, llenó mi campo de visión. «¿Tienes sed, cariño? ¿Cómo te encuentras?» Había muchas flores y cajas de bombones. Varios rostros me sonreían. «Ya te dije», el neurólogo, muy satisfecho, explicaba a Gabriel, «que no sería nada. Las mujeres son un poco nerviosas, eso es todo.»

Me fatigué enseguida y recaí en el sueño mientras trataba de poner en orden mi melena. La melena. Era de nuevo Leonisa y leona. Galopaba por valles umbríos buscando el rojo sol de la sabana. A mi paso se abrían túneles de verdor; la humedad goteaba sobre mi piel irritando mi felinidad. Pero pronto llegué a la cálida llanura del mediodía, al mundo seco y sin sombras. Tenía hambre. No como cuando en otros sueños fui loba famélica o rata, no hambre de mendigo, no la sed de mi amigo el escultor, sino el noble apetito del cazador que está seguro de hallar pronto su presa y se recrea imaginando cuan apacible, amorosamente, la devorará bajo los árboles, para sumirse luego en el océano beatífico de la siesta. Siesta de leones.

La convalecencia fue deliciosa. Uno debería enfermar o accidentarse más a menudo, para poder disfrutar de las voluptuosidades que vienen después: la paulatina desaparición del dolor, la recuperación de las fuerzas, los aprendizajes. En cuanto a éstos, ahora que mi angustia y mis terrores habían desaparecido, no deseaba recaer en la miseria anterior. Además, algo muy profundo parecía haberse roto: mi confianza en Gabriel, cuyo amor por mí, por grande que fuera, no estaba a la altura del mío. Fue este sentimiento, junto con el temor a volver al infierno laberíntico de la obsesión, lo que me impulsó a alejarme de él a pesar de sus protestas, y a establecerme en la casa vieja.

La tarea de dejar habitable, al menos una parte, me mantuvo ocupada y distraída mientras se cerraban mis heridas. Hice desfilar por estancias y corredores un pequeño ejército de pintores y tapiceros, fontaneros y electricistas, que ahuyentaron las larvas de la oscuridad y aventaron los fantasmas. Las paredes recién pintadas de rosa, marfil, verde agua, llenas de ecos, refrescaban el aire cargado de los días finales de un agosto duro y sofocante.

Una tarde en que me hallaba revisando los muebles de la alcoba de mi abuela —que pensaba ocupar yo misma—, dí un golpecito a un resorte, provocando la apertura de un cajón inesperado y diminuto que contenía un paquete de cartas atado con una cinta que en tiempos fue gris, pero que ahora amarilleaba melancólica. Cuando lo desaté, dejó escapar una fotografía en cartón muy grueso y tono sepia, que mostraba dentro de un óvalo el rostro deslumbrado y tierno de un hombre joven. Sus ojos clarísimos tenían una mirada franca y honesta. En el reverso se leía, escrito con una letra muy firme: «A mi dama, con amor».

El contenido de las cartas —que leí, como hiciera con las dirigidas a mi abuelo por la pelirroja Dolores— era el que dejaba prever la dedicatoria del daguerrotipo: amor, un amor nuevo, juvenil, algo ingenuo y no muy sabio, pero sincero. Vaya con la abuela, qué lecciones me daba después de muerta. ¡Y yo que la había compadecido, que la imaginé sufriendo en secreto a causa de los enredos de mi abuelo, y ahora resultaba que el mejor amante era el suyo! Me regocijé imaginar la cantidad de equívocos y sentimientos inútiles y falsos que habría experimentado en mi vida sin saberlo.

Había estado leyendo semiarrodillada en la alfombra, junto al mueble de caoba. Al acabar, me senté en el suelo y me miré al espejo del armario, que se hallaba frente a mí.

Por primera vez en mucho tiempo, me gusté. Estaba muy bien, después de todo, con aquella palidez y la cabellera leonina cayéndome sobre los hombros. La luz descendía en cascada sobre mí desde la alta ventana, rompiendo las densas sombras del cuarto. Me desabroché un botón del escote, y luego otro y otro. La visión de aquellas blancuras me turbó.

Después del goce, me quedé dormida, la mejilla apoyada en las cartas de aquel muchacho que tenía los ojos azules como Gabriel. No soñé. Permanecí suspendida en una niebla oscura, en la que brillaban puntos de oro. Estaba bien allí, mecida por corrientes invisibles y acariciada por algo que parecía brisa pero que tenía dedos y olía a mar. El crujido de un mueble me expulsó del paraíso y desperté sobresaltada.

Por la ventana abierta entraba la luna y vaharadas de jazmines y madreselvas del jardincillo de la ninfa. Había penetrado también una gruesa araña de color tabaco, de patas cortas y dorso aterciopelado, que correteaba como loca por el marco recién pintado de blanco. Me desperecé y sonreí a la impúdica imagen del espejo, sintiéndome ligera y feliz. Me pregunté qué estaría haciendo Gabriel, e incluso traté de imaginarlo con Marina, aunque sabía que ya no salía con ella, y no experimenté dolor sino una indiferencia un poco melancólica. «Ten paciencia», me dije, «tú estarás enamorada muy pronto.» Y animada por la perspectiva de un amor futuro, recogí las cartas del amante de mi abuela, las devolví a su nido secreto y salí de la estancia para atender a unos timbrazos que venían de la biblioteca.

Era la hermana de Partenio, que deseaba despedirse de mí. Había vendido su casa y regresaba a su lugar natal porque, una vez muerto Partenio, nada la retenía en la ciudad. Yo sentí que con ella desaparecía un nexo con mi propio pasado, que se borraba parte de mi memoria, que se echaba más tierra sobre la tumba de mi maestro —una nueva paletada de cemento en el nicho miserable. La voz de la vieja dama había sonado a mis oídos escandalosamente alegre. ¿Qué ocurría? ¿Ya le había olvidado? Pero enseguida deseché ese pensamiento, al considerar que era precisamente la ausencia de Partenio lo que hacía que ella se marchara. Sin que me lo pidiera, le prometí visitar de vez en cuando su tumba. Cuántos propósitos bienintencionados se formulan de un modo imprudente en momentos de emoción, a sabiendas de que no se cumplirán jamás.

Me entretuve leyendo en la cama hasta muy tarde un raro librito que tomé de la biblioteca de mi abuelo, llamado *Elucidario magno de las esposas del Señor*. Relataba con expresiones delicadamente gazmoñas unas enormidades que hacían pensar en algún oscuro tipo de libertinaje. En uno de los capítulos el autor narraba la historia de mi patrona, santa Catalina de Alejandría, docta princesa oriental que disputó con cincuenta filósofos paganos y acabó convirtiéndolos al cristianismo. Fue decapitada después de sufrir el martirio de la rueda, y de su cuello cortado brotó leche en vez de sangre. Me pareció sublime una particularidad de la rueda de su tormento: cuando se quiere sacar a un ahogado del agua y resulta difícil hacerlo, cabe el recurso infalible de arrojar cerca de él

una rueda tomada de una imagen suya. El cadáver se dejará atrapar inmediatamente.

Aquella noche, a la luz gris del amanecer del sueño, vi emerger del río el cadáver de mi amigo el escultor. Varias barcas habían salido en su busca entre las aguas vertiginosas, crecidas por las lluvias. Pero los esfuerzos de los hombres resultaron vanos durante horas porque, cuando se acercaban a él, se hundía, desapareciendo en los remolinos.

Una voz que surgió de la muchedumbre reclamó la rueda de santa Catalina. Me vi arrastrada por una riada de gente enloquecida que corrió hacia la catedral en su busca. Y era tal la avalancha —o la opresión que ejercía sobre mi pecho la pesadilla—, que temí morir aplastada. La masa ciega y rugiente desembocó en la plaza y penetró, incontenible, en el templo. Los primeros en llegar se hicieron con la gran imagen de la santa y exhibieron triunfantes la rueda sobre las cabezas de la multitud, que aulló de satisfacción.

El regreso al río fue terrorífico. Arrebatada por una ola de cuerpos apretujados y en rápida carrera, sintiendo flaquear mis fuerzas y mi voluntad, por un momento deseé ahogarme en aquella tempestad humana, desaparecer bajo sus pies, ser como un racimo reventado en el lagar, dejando escapar el dulce mosto. Pero al mismo tiempo iba creciendo en mí un furor sin objeto que me emparentaba —o más bien hacía que me fundiera— con la muchedumbre, aullar con ella. Casi aplastada contra los pretils, vi lanzar al agua la rueda entre imprecaciones. Misteriosamente, la obscenidad de algunas de aquellas súplicas me hacía creer que la santa accedería a lo que se le pedía. La rueda fue juguete de los remolinos antes de quedarse quieta en el centro del río, girando suavemente sobre sí misma. El cielo encapotado se rompió para dar paso a un rayo de sol, que fue a posarse en su centro. Y de las aguas brotó el cadáver, cuya cabeza quedó iluminada por el chorro de luz. La barca más cercana atrapó la rueda con cuerdas y la atrajo hacia sí, con el muerto dentro, hasta izarlos a cubierta.

24

Pedí a un bedel de la Biblioteca un libro que se conserva en los sótanos y que siempre tarda un buen rato en serme servido. Me acodé en el mostrador a esperar y me entretuve pasando las hojas del periódico que el hombre estaba leyendo cuando mi encargo le apartó momentáneamente de su solaz. Un titular diminuto de la página de sucesos atrajo mi atención. Tomé la hoja con mano trémula.

Tuve que leer la columna un par de veces para enterarme de todos los pormenores y asimilar su significado, porque el estupor me impidió comprenderlo a la primera. Pero no cabía duda: se había encontrado el cuerpo de un hombre en la bañera de un apartamento del barrio antiguo. Llevaba allí mucho tiempo. Su avanzado estado de descomposición fue el causante de su hallazgo: los vecinos habían denunciado el hedor que apestaba el inmueble, que al principio habían atribuido a la muerte de algún animal en los patios interiores abandonados. Al parecer, el fallecimiento se había producido por la pérdida de sangre provocada por los profundos cortes que presentaba en las muñecas. Todo hacía pensar en un suicidio. Y no se trataba de un muerto anónimo. Leí su nombre, su edad, su profesión. Era mi amigo el escultor.

El bedel reapareció con el libro en el preciso instante en que mi vista comenzaba a nublarse y mis piernas a flaquear. El hombre me sostuvo, preguntándome solícito si me encontraba bien, mientras algunos lectores levantaban la cabeza de sus libros y legajos y me miraban con curiosidad. Le di las gracias, tomé el volumen y me senté en un rincón solitario, donde permanecí un buen rato con la mente obnubilada. Pero luego mis propias obsesiones se fueron superponiendo, como una insidiosa película de gelatina, sobre aquellos misterios. Poco después, tomando café en nuestro bar, decidí que lo único que podía hacer por él era asistir al entierro de su cuerpo.

Llegué al cementerio un poco antes de la hora, y esperé en un banco del parque de al lado. Entonces, mientras fumaba un cigarrillo mirando al infinito, fue como si volviera en mí después de un largo sueño. Me desperté. Por primera vez en mucho tiempo, pensé en el escultor, tratando de reconstruir nuestros últimos contactos y de extraer de ellos alguna luz sobre lo que había sucedido. Pero no me sentía capaz de separar los hechos de mis propias fantasías. Dudaba de las llamadas telefónicas, de nuestros breves encuentros, de nuestra visita juntos a la casa encantada. Sin embargo, había algo que se resistía a ser considerado imaginario: las vendas de sus muñecas, cuyas distintas fases de suciedad habían pasado ante mis ojos sin lugar a dudas y permanecían aferradas a mi memoria. Deploré sinceramente no haber prestado más atención a mi pobre amigo.

El cadáver llegó en el vehículo más sucio y destartado que quepa imaginar, cuyo conductor salió a echar una mano a los sepultureros para sacar la caja y depositarla en una carretilla. Aquel hombre de aspecto grosero, con una colilla requemada en la comisura de los labios, iba calzado con alpargatas. Ese detalle me escandalizó profundamente.

Al parecer, ningún familiar o conocido de mi amigo se había enterado de su muerte, porque presencié en solitario los irritantes manejos que se llevaron a cabo para meter la caja en el nicho y tapiarlo. El sacerdote me pidió que escribiera su nombre con un clavo en el cemento tierno. Y precisamente cuando me hallaba encaramada en la escalera, tuve una brusca revelación, que se desplegó en los minutos que siguieron, mientras escribía, letra a letra, como un autómatas.

Ví, lejanos ya, como si me fueran ajenos, mis problemas con Gabriel. Pero no se trataba de problemas, era una cuestión de pequeñas obsesiones, mentiras, palabras ridículas, confusión. Yo no tenía problemas, sencillamente me había dejado asaltar en un mal momento por fantasmagorías venidas del mundo pesado y caótico de la realidad. Rascando en el cemento con el clavo, fui consciente por primera vez del valor de las palabras, y supe que podía escribir las que quisiera en la superficie de mi vida.

Completé el nombre de mi amigo con ternura, preguntándome si habrían enterrado su cadáver con las vendas envolviendo sus muñecas, como yo le recordaba, y no con las heridas desnudas en la carne corrompida, como lo describía el periódico. La realidad. ¿Y qué importaba la realidad? Yo era la realidad. Yo y mis palabras.

En los tiempos felices que siguieron, eché de menos a mí Ctonocelis. Salí a comprar otro un sábado, que es mi día de las compras extravagantes por estar bajo el signo de Saturno. Me encontraba muy bien, libre de fantasmas por el momento, llena de palabras hermosas, compadecida de todo y de nada mientras me dirigía al centro.

La ciudad vieja, en cuyo corazón se encuentra la tienda de insectos y fósiles donde había comprado el Ctonocelis, me daba una sutil bienvenida con sus espacios, sus ruidos y sus olores, y yo me sentía embargada por sensaciones tiernas y cambiantes como el cielo de otoño. Apenas me hubo visto entrar, la dependienta me dijo que acababa de recibir una Viuda Negra del Yucatán. Agradecí la información, pero en aquel momento las arañas venenosas y peludas estaban fuera del campo de mis intereses. Incluso el Ctonocelis que vislumbré en una caja de cerambícidos me pareció excesivo, además de no ser tan perfecto como el mío. Tenía roto el extremo de una antena, lo cual disminuía su valor incluso a los ojos de una coleccionista tan poco ortodoxa como yo.

Pedí a la muchacha que me enseñara mariposas. Y no escogí una de las nocturnas que tienen una calavera pintada en el dorso, sino una inmensa y delicada mórfida, un ejemplar de *Caterinela mendax* de alas doradas y celestes, cuya vista hacía brotar la alegría en el alma, aunque su cuerpecillo fuera tan reseco y cadavérico como el de una mosca muerta.

Lo primero que ví al salir de la tienda fue un pájaro aplastado por las ruedas de un vehículo. Lámina plumosa y sin apenas bulto, era un cuerpo convertido en huella de sí mismo. No constituyó, sin embargo, un mal agüero para mi corazón, ni consiguió su propósito aterrador el hado hideputa que lo puso en mi camino. Por el contrario, aunque no dejé de ser consciente de la absoluta inutilidad de todo, la alegría que me poseía creció. Yo también crecí y crecí, hasta superar los tejados y las cúpulas, cada vez más colmada y feliz en mi soledad.

Caminé por aquellas estrechas callejuelas, las únicas de la ciudad en las que las zonas de sombra y de sol mantienen su contraste bajo la forma de dibujos caprichosos en el suelo. Aspiré los olores frescos, los pesados olores, los olores indefinidos que se acumulan en los rincones. Exploré pasadizos que luego no podía volver a encontrar. Se oían sierras eléctricas de los tallercitos clandestinos, grapadoras de tapicero y trinos de pájaros, que imaginaba presos en jaulas de oro. Detrás de los visillos espiaban ojos negros de ancianas cuyas orejas de lóbulos colgantes estaban adornadas con pendientes de azabache y hematites, piedras plutónicas que se llevan por respeto a los muertos. Cuántas enigmáticas puertas, ventanas, azoteas.

No soportaría vivir con el inmenso cielo sobre la cabeza día y noche, sin cúpulas ni tejados que lo estructuren. Siempre he necesitado calles, templos, plazuelas con fuentes rumorosas, murallas. Sobre todo, murallas. Un mundo sin murallas es una desolación. ¿Cómo escapar, si no las hay? ¿Cómo distinguir lo de dentro de lo de fuera? Siento la pasión de las ciudades y también la melancolía de las columnatas, de los palacios cuyas estancias nunca recorreré, de los tejados y las azoteas, cuyo rey es el gato; de las historias

que se han ido acumulando en cada rincón como bolas de pelusa, todas esas historias ocurridas en el corazón de las casas; las miradas desde balcones y tragaluces que nunca se cruzarán con las mías; los cadáveres de las torres, mantenidos en pie en virtud de las leyes brutales de la arquitectura, pero en las que ya no alienta ningún espíritu vigilante; los campanarios mudos o el canto incomprensible para mí de las campanas.

En Roma esas sensaciones me abruman como una carga pesadísima que apenas soy capaz de soportar. La ciudad vieja, inabarcable en el tiempo, me produce vértigo, una náusea que es como la anticipación de mi muerte —yo antes no estuve aquí y después tampoco estaré. Todas esas fuentes, columnas, palacios, perspectivas, gatos eternos que comen sobras de pasta en hojas de periódicos que contienen historias que nunca leeré. La angustia es en esos casos, como casi siempre, pasión, y me humedece el alma y el cuerpo, provocándome el deseo de diluirme en un amor desenfrenado. Recorridos del martirio, con el amor como único asidero en las turbias aguas del mal del tiempo.

Mi amigo el escultor experimentaba estos vértigos en los museos, pero se descubría en él un sentimiento levemente sucio —¿qué sentimiento no lo es?—: la envidia del genio indudable frente al suyo problemático. El hubiera querido ser un maestro antiguo y poder ver, con los ojos puros de un fantasma, sus obras respetadas y mejoradas por el paso de los siglos, doradas por la descomposición infinitesimal de las superficies, ennoblecidas, indiscutiblemente geniales, aplaudidas y fotografiadas. En el fondo, le comprendía incluso mejor que a mí misma, y me solidarizaba con él frente a los siniestros emisarios del caos que acabaron destrozándole. Aunque es dudoso que haya algo que pueda vencerle definitivamente; su fuerza reside en la tenacidad de su lamento y en la calidad de su dolor. La muerte lo vomita una y otra vez, para que siga persiguiéndose a sí mismo.